

# *Sobre el ámbito doméstico de época visigoda en Mérida*



MIGUEL ALBA CALZADO

## INTRODUCCIÓN<sup>1</sup>

La etapa comprendida entre el declive y fragmentación del Imperio romano y la presencia islámica dispone en Mérida de un corpus bibliográfico extenso y diversificado, resultado del concurso de varias disciplinas. Contamos con valiosas aportaciones desde la Arqueología y la Historia del Arte, centradas en las manifestaciones materiales más características relacionadas básicamente con la arquitectura religiosa de la urbe y su entorno, y los relieves decorativos asociados a este ámbito. Baste remitirnos a las monografías realizadas por Marcos Pous, Caballero Zoreda, Ulbert, Cruz Villalón o Mateos Cruz, entre las más importantes. Otros temas de investigación puntual o incluidos dentro de trabajos más extensos, enmarcados en el ámbito hispanovisigodo, han sido los referentes a la epigrafía, numismática, orfebrería y mundo funerario. Todos estos estudios están recogidos en el libro de Agustín Velázquez *Repertorio de bibliografía arqueológica emeritense* (1992), un centenar de obras que ha visto incrementado su número en los últimos años con la contribución del equipo de investigación del Consorcio de la Ciudad Monumental del que este volu-

men es una muestra. A estos trabajos habría que sumar los que tienen por base el análisis del *Libro de las vidas de los Santos Padres de Mérida*<sup>2</sup>, obra del siglo VII, ambientada en la propia ciudad, cuya lectura sugiere múltiples interpretaciones aún no agotadas.

Casi la totalidad de estas investigaciones tienen en común que el objeto de estudio guarda alguna relación directa o indirecta con el mundo religioso. Existe, en palabras del profesor Enrique Cerrillo<sup>3</sup>, una "excesiva religiosidad que parece teñir todo lo que de información de este período poseemos a nivel de cultura material como fuentes textuales" (Cerrillo, 1985: 181). Es normal que una sociedad especialmente "marcada" por la religión plasme en la cultura material su ideología y es precisamente por ello por lo que desde la arqueología podemos constatar la primera premisa, pero también hay que admitir que la atención científica se ha centrado –y restringido– a unos determinados temas: aquellos donde los restos son más fácilmente identificables, más novedosos y, por consiguiente, a los que se estima como más representativos de esta época. La

1 Agradezco las observaciones y críticas certeras de Pedro Mateos y Santiago Feijoo al borrador de este trabajo, así como la realización de los planos a Valentín Mateos, los retoques gráficos a José Jiménez y la colaboración múltiple de M.<sup>a</sup> Jesús Fernández.

2 Versión traducida de Aquilino Camacho Macías, Mérida, 1988.

3 Este autor ha impulsado enormemente el conocimiento de la etapa hispanovisigoda en la Alta Extremadura con aportaciones pioneras desde diversos ángulos y una exploración siempre abierta a las nuevas tendencias de la arqueología.



prueba está en qué contenidos han acaparado la atención principal de las intervenciones arqueológicas que tienen por horizonte esta etapa en la Península. Todo lo cual ha ido generando una información redundante, aunque no por ello menos valiosa, pero sí limitada y descompensada con respecto a otros aspectos relativos, por ejemplo, a la vida cotidiana de la población de una ciudad.

Asociado a un contexto religioso es el panorama que ofrecen los estudios en la región extremeña, como puede verse en el artículo sobre el estado de la cuestión de J. J. Enríquez Navascués (1997: 91-98), no muy distinto al del resto de España, según refleja M.<sup>a</sup> Ángeles Alonso Sánchez (1991: 279-290), y los contenidos de *Recopilación de Arqueología Española* y del *Índice Español de Humanidades*.

La escasez de estudios fuera de ese trasfondo religioso, la falta de tablas contrastadas de fósiles directores a los que recurrir, el mimetismo en el que se desenvuelve el ámbito doméstico (como veremos), la documentación selectiva de tantas intervenciones de urgencia, y el sistema de registro utilizado en los trabajos de campo, especialmente en los de arqueología urbana, no siempre el adecuado, son algunos factores que han favorecido la descompensación antes aludida. En otro orden de cosas, se plantea la necesidad, según abogan autores como Caballero Zoreda<sup>4</sup>, de hacer una revisión de los parámetros arquitectónicos y escultóricos considerados tradicionalmente visigodos. La originalidad de la cultura material del mundo visigodo hace tiempo que es cuestionada tanto en sus comienzos como en su trayectoria por una prolongación efectiva del mundo romano<sup>5</sup> y se suscitan dudas respecto a las evidencias materiales que se les atribúan proyectándolo hacia un mozarabismo de influjo Omeya (Caballero, 1994 y 1995: pp. 321-348 y 107-123).

En la última década se ha dado un notable impulso en aras de modificar este panorama con proyectos arqueológicos que ya están dando sus frutos, o los darán en un futuro próximo, como los de Córdoba, Tarragona, Valencia, Cartagena, Tolmo de Minateda o Mértola, entre otros. Yacimientos como Recópolis y Mérida están proporcionando datos clave que ayudarán a perfilar este proceso. El primero con la identificación de arquitectura civil asociada al poder y su evolución (Olmo Enciso, 1998: 109-118); Mérida con respecto a sus cambios urbanísticos y la identificación de estratigrafías densas, en zonas persistentemente habitadas como las aportadas por el área arqueológica de Morería.

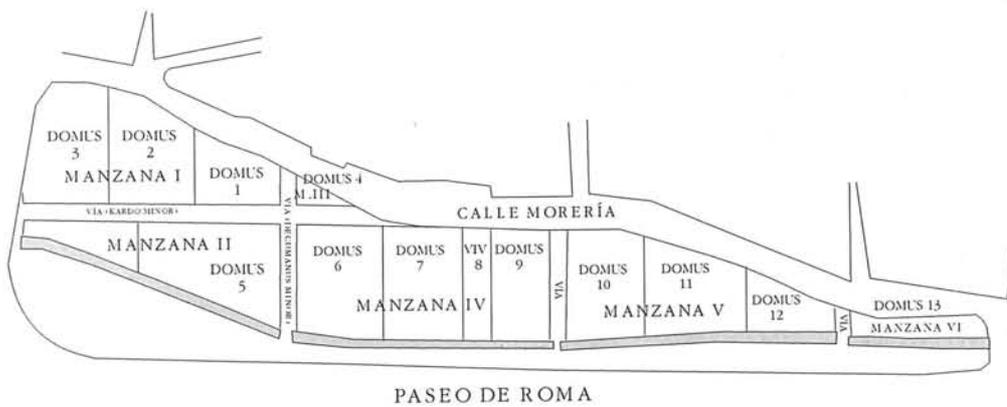
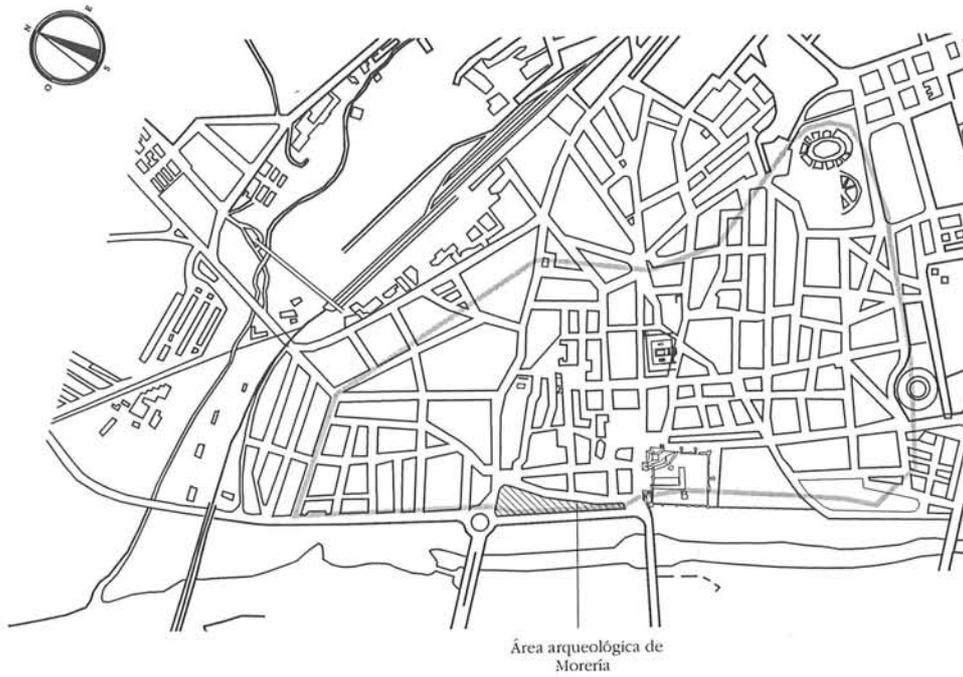
Para el conocimiento arqueológico de la Mérida Visigoda y de sus principales hitos constructivos remitimos a los numerosos trabajos de Mateos Cruz, recopilados al final en la bibliografía, de temática preferentemente urbanística y contextualización histórica. Este autor pone de manifiesto los cambios más relevantes operados en el paisaje urbano a causa de la implantación de la Iglesia con todas sus manifestaciones de poder externo. El dinamismo de estos aspectos genera unas transformaciones que conforman una realidad diferente, y al mismo tiempo continuista, heredera de la etapa anterior.

Cabría suponer que en el ámbito doméstico también se habrían producido importantes cambios en el tránsito del mundo romano al de etapa visigoda. Sin embargo, pese a la larga tradición arqueológica de intervenciones en Mérida, de más de un siglo, existía un vacío documental con respecto a cómo eran las viviendas entre los siglos VI y VIII. Para la historiografía tradicional se confirmaban los efectos de una crisis en los inmuebles dentro de la etapa romana. Con frecuencia las viviendas eran fechadas siguiendo criterios sincrónicos basados

<sup>4</sup> Buena parte de la trayectoria investigadora de Luis Caballero está vinculada a Extremadura, plasmada en numerosos trabajos. Pero sobre todo, debemos a su magisterio un salto cualitativo en los sistemas de registro utilizados en Mérida y un

rigor documental libre de prejuicios, como ponen de manifiesto sus últimas investigaciones en Alcuéscar.

<sup>5</sup> A.A.V.V.: *Los últimos romanos de la Lusitania, Cuadernos Emeritenses*, 10, Museo Nacional de Arte Romano, Mérida, 1995.



ÁREA ARQUEOLÓGICA MORERÍA  
URBANISMO DE ÉPOCA ROMANA  
COMPENDIDO EN LA PLANTA DEL  
SOLAR

**LÁMINA 1**

Situación del solar de Morería en la trama urbanística actual e inmuebles romanos comprendidos en el Área  
(Dibujo de Valentín Mateos)



fundamentalmente en sus elementos de ornato, mosaicos, estucos y/o pintura mural, sin entrar en el desarrollo evolutivo de los inmuebles. La vigencia y desaparición del conjunto de viviendas suburbanas e intramuros se circunscribían al Mundo Antiguo, como ponen de manifiesto los arqueólogos Félix Palma y Gilberto Sánchez en sus respectivos trabajos en este mismo número de *Memoria*. A tenor de lo publicado, las viviendas de época visigoda parecían estar ausentes en el registro arqueológico.

Las pretensiones de este trabajo serán mostrar algunos aspectos del marco donde se desenvuelve la vida cotidiana: la vivienda. Lo haremos a través de la documentación aportada por el área arqueológica de Morería (lámina 1), de la cual tomaremos una parte como ejemplo: la manzana II<sup>6</sup>. A partir de la vivienda y de los restos asociados o derivados de ella nos aproximaremos a cuestiones de tipo económico y social, terrenos siempre difusos y arriesgados, pero no por ello inabordables desde la Arqueología.

Las principales aportaciones del área arqueológica de Morería son, por un lado, la densa secuencia ocupacional que se ha producido en el transcurso de dos mil años y, por otro, la idea que proporciona de conjunto: calles y viviendas en vecindad que, cambiantes según las épocas, se han ido superponiendo en el solar alternando con etapas de desdoblamiento. Evidencias que, por presencia, transformación o desaparición, nos informan sobre las principales fases de auge y crisis de la ciudad. Las dimensiones del solar son modestas si se comparan con la extensión total del yacimiento emeritense, no obstante, su situación privilegiada y sus 12.000 metros cuadrados permiten considerarlo una mues-

tra representativa de la trama urbanística intramuros, si bien en algún período tendrá su propia trayectoria determinada por su proximidad a la muralla. Por otra parte, en las intervenciones llevadas a cabo por el Consorcio en diferentes puntos de la ciudad se observa una evolución que no contradice la documentada en Morería.

Con todo, quedan aún numerosos aspectos de la ciudad romano-visigoda que desconocemos como el aprovechamiento de los espacios de foro, la vigencia de los acueductos y los edificios públicos, los conjuntos residenciales de las élites, etc.

De época romana (lámina 1) contamos en Morería con cinco vías de entramado reticular, que delimitan seis manzanas flanqueadas por pórticos para uso público. Manzanas que reúnen al menos trece grandes viviendas con diversos locales comerciales en sus fachadas. Todo ello delimitado por el mayor lienzo de muralla augustea excavado hasta el presente, con cuatro puertas en un tramo superior a 200 m. Este conjunto arquitectónico, de gran dinamismo en la arquitectura doméstica, se proyectará no sin importantes cambios al período Tardoantiguo, perviviendo en gran medida pero con algunas novedades significativas como vamos a ver.

En el texto nos serviremos convencionalmente de la denominación "etapa visigoda" para designar al segmento cronológico que iría desde el último cuarto del siglo V hasta la rendición de la ciudad a los musulmanes en el 713 (extremos no menos convencionales). Nos referiremos a un proceso de cambio y, a grandes rasgos, a los indicios arqueológicos que lo evidencian.



6 La evolución de esta manzana ya se adelantó de forma gráfica mediante once planos consecutivos en "Ocupación diacrónica del área arqueológica de Morería (Mérida)", *Mérida. Excava-*

*ciones Arqueológicas, 1994-1995*, pp. 285-316. En el presente artículo nos detendremos en explicar más detenidamente la figura 7.

## LA VIVIENDA

En el siglo IV se producen transformaciones importantes en el conjunto de los inmuebles del área arqueológica de Morería. Los cambios se habían dado desde siempre en la arquitectura privada, pero el barrio del Alto Imperio había evolucionado con bastante uniformidad siguiendo unas mismas pautas constructivas, estructurales, organizativas y de aplicación de elementos de ornato. En el Bajo Imperio se mantienen la mayor parte de las *domus* de la fase anterior, pero comienza un proceso desigual de transformaciones donde, al lado de un fuerte impulso de renovación que incorpora las modas constructivas de la época (como en las *domus* 5 y 9), otros inmuebles introducen elementos novedosos mediante intervenciones concretas, sin grandes cambios estructurales (es el caso genérico), mientras que algunas viviendas dan muestras de receso, como es por ejemplo la *domus* 7 que pierde todo su flanco sur y parte del peristilo convertido en una vivienda independiente (casa 8).

Las obras se centran básicamente en la incorporación de baños privados, en la inclusión de habitaciones absidadas y en el embellecimiento de los espacios más nobles de la casa, fundamentalmente entradas, peristilos, corredores y dependencias de representación. La *domus* 5 es buen ejemplo de ello (lámina 2).

Los inmuebles en que se realizan fuertes inversiones crecerán en extensión a costa de invadir espacios públicos como los pórticos o la propia vía y ocupar parte de las viviendas vecinas, además de sumar una segunda planta como ocurre en la "Casa de los Mármoles" (*domus* 5).<sup>7</sup>

En el número anterior de esta publicación dábamos noticias de repercusiones importantes en la ciudad a causa de las invasiones del siglo V; unas de

tipo directo y otras no atribuibles a los ocupantes sino a los propios emeritenses (Alba, 1998: 361-385). Las primeras se constatan en los daños provocados en el conjunto de viviendas de Morería con indicios de un despoblamiento progresivo, acaso intermitente, durante la coyuntura de crisis prolongada que trajo consigo el trasiego de ocupantes germánicos a lo largo de buena parte de esta centuria.

Quizá los acontecimientos no fueran lo suficientemente devastadores y traumáticos como para ser registrados por las fuentes textuales con el detalle con que autores como Orosio o Hidacio se refieren a otros lugares, aunque no faltan breves noticias al respecto. Probablemente los acontecimientos se consideraron comunes y equiparables a los sufridos por otras muchas ciudades. Pero lo que es evidente es que aquella crisis dejó pruebas irrefutables en el registro arqueológico: niveles de destrucción, no siempre asociados al fuego, con presencia de abundante *tegulae*, rastros de incendios, como los que afectaron al ala sur y norte de la "Casa de los Mármoles" (*domus* 5), o la presencia de ocultaciones monetales y de restos humanos en los inmuebles. Todo ello confirma la existencia de acontecimientos violentos de repercusión inmediata a los que hay que sumar los efectos de un proceso depresivo de larga duración cuyo efecto se plasma en el estado final en que quedaron las casas.

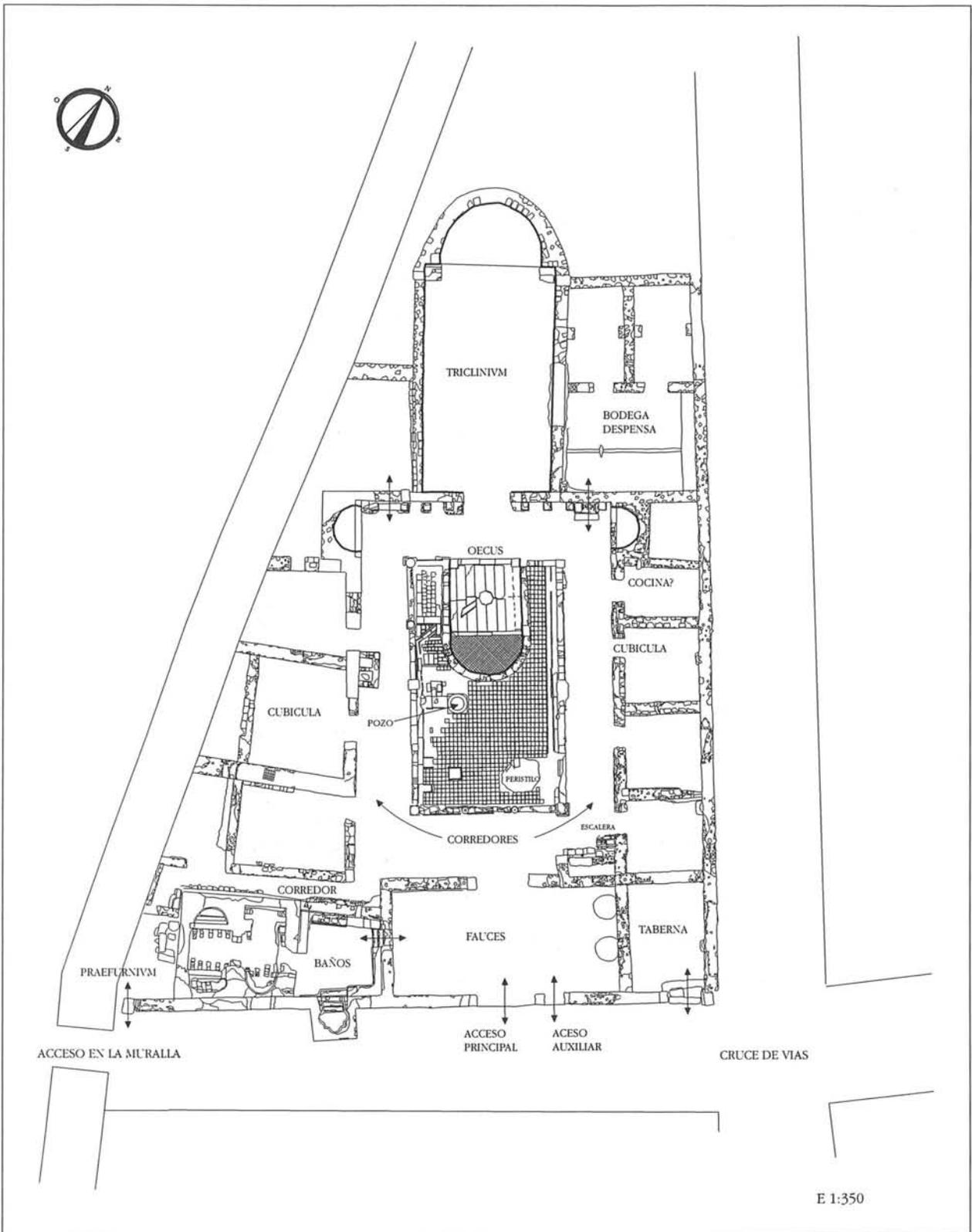
Pero donde más se manifiesta la gravedad de la crisis y su repercusión futura en el entramado urbano comprendido en Morería es en la nula capacidad de sus habitantes para devolver a las viviendas su aspecto original, aquella prestancia señorial que ostentasen en el Bajo Imperio, mientras que simplemente se acomodaron entonces (siglo V) y las gene-

---

<sup>7</sup> Es muy probable que las alturas dobles existiesen desde el Alto Imperio si nos atenemos a las poderosas cimentaciones de las viviendas de esta época, pero hasta el momento no han sido

---

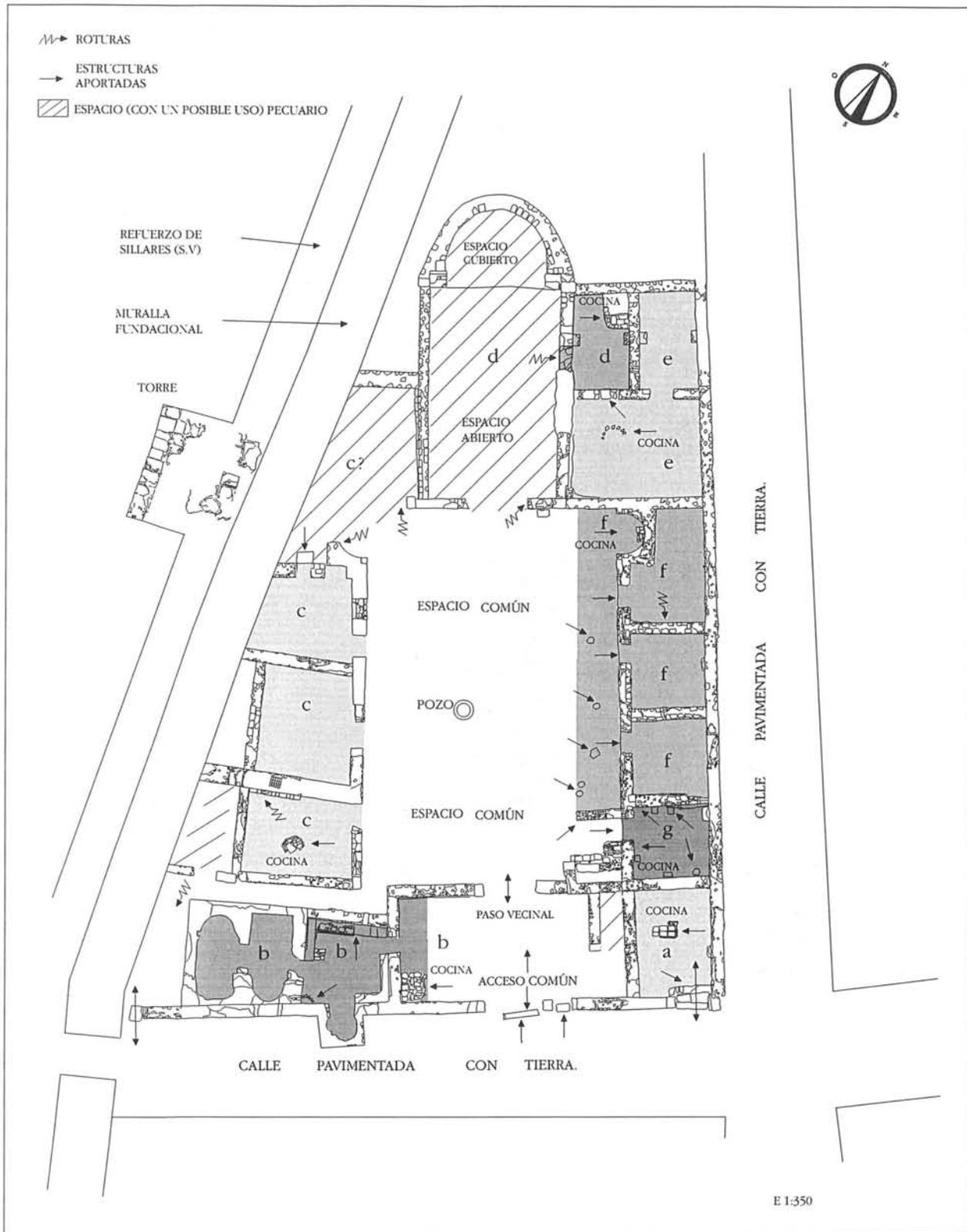
documentadas en Mérida arranques de escaleras que lo confirman.



**LÁMINA 2**

Domus 5, "Casa de los Mármoles", siglo IV. (Plano realizado por Valentín Mateos)





**LÁMINA 3**  
 Compartmentación de la domus 5 en múltiples viviendas. Época visigoda

raciones siguientes a la habitabilidad de unos inmuebles con diferente grado de deterioro.

En el área arqueológica de Morería ninguna *domus* afectada por el fuego o los destrozos fue arrasada. Se mantuvieron en pie, irregularmente dañadas, volviendo a ser reocupadas pero con una concepción muy distinta. La fisonomía de las calles pervivirá sin apenas cambios y también el aspecto exterior de los inmuebles romanos, mientras que las novedades se producirán en su interior. En efecto, la principal característica que define el ámbito doméstico de época visigoda será la fragmentación de cada *domus* romana en viviendas menores. Este hecho es común a los trece inmuebles de Morería, lo que revela que no se trata de un dato aislado o particular, sino extensible a más partes del casco urbano y del que se van recabando continuas pruebas en las intervenciones arqueológicas llevadas a cabo por el Consorcio de la Ciudad Monumental.<sup>8</sup>

La descomposición de la *domus* en la etapa visigoda va emparejada a una consecuente disfuncionalidad de las partes que la integraban. Las termas, la cocina, la bodega, el *triclinium*, etc., pierden su sentido utilitario original para desempeñar otros, como el de habitación, establo o taller. Ninguno de los cinco conjuntos termales privados documentados en Morería conservó su uso, tampoco las demás dependencias, salvo alguna coincidencia dentro del empleo multifuncional que se les dará ahora.

En cambio, el patio, antes peristilo, sigue siendo un elemento clave de articulación en el grupo de viviendas que lo flanquean y desde el que tienen acceso. La tendencia general de los patios es ampliar su espacio útil mediante la anexión de los pórticos y la eliminación de obstáculos prescindi-

bles como los estanques que serán enterrados, muretes de delimitación, columnas, estancias de representación, etc. El único elemento que se mantiene es el pozo. Las márgenes del patio tendrían un uso semiprivado dentro del área de influencia de las viviendas más próximas, lugar donde se instalan algunas cocinas, ruedas de molino y, ocasionalmente, se transforman en porches.

Sirva para ilustrarlo la *domus* 5 de la manzana II (lámina 2). Aunque todas las *domus* siguieron un proceso análogo este ejemplo parte de uno de los inmuebles que más se desarrollaron en el siglo IV con una planta próxima a mil metros cuadrados, ampliación del lado sur con un enorme salón absidado de 103 metros cuadrados y dos dependencias para almacén, unas nuevas termas, marmolización de todo el peristilo y añadido de un segundo piso de habitaciones en tres de sus flancos.<sup>9</sup>

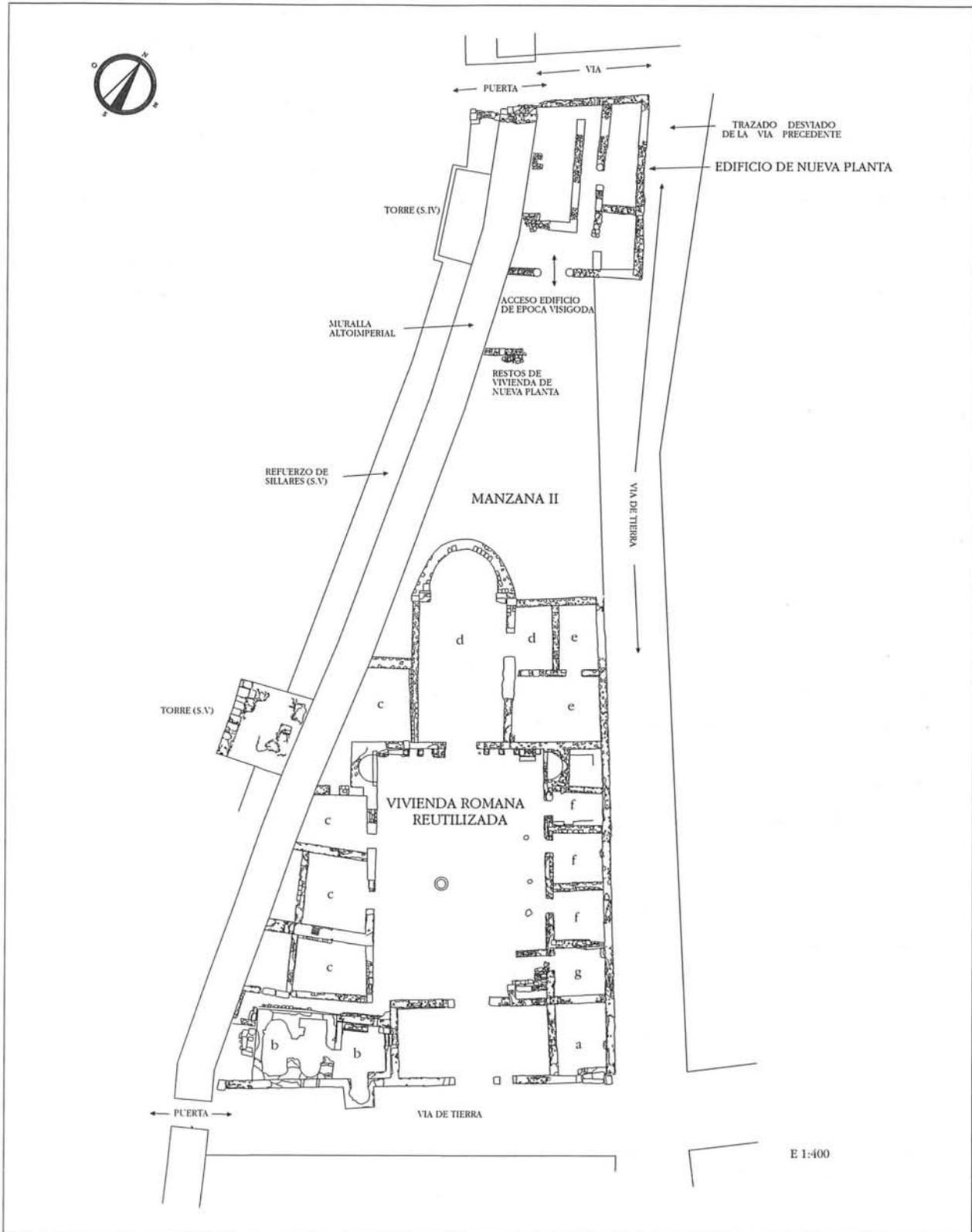
Ya referimos en un trabajo anterior el estado en que había quedado el inmueble a consecuencia de los acontecimientos sufridos en el siglo V: derribado todo el peristilo, afectado parcialmente por el fuego en algunas dependencias del ala sur y norte y otros destrozos intencionados que ponen de manifiesto su abandono. El inmueble no se habitó de inmediato. Durante el tiempo en que estuvo deshabitado fue expoliado de mármoles y materiales constructivos diversos, fundamentalmente columnas, capiteles y placas marmóreas.

En una segunda fase de robo, o más bien de rebusca, fueron picados los derrumbes que sepultaban los corredores y algunas estancias, dejando múltiples marcas de pico en los pavimentos de *signinum*. Dos suelos fueron completamente levantados por alguna razón: el del corredor norte y todo

8 El solar de Morería posee un emplazamiento periférico, y si bien es verdad que estas zonas son las que pueden acusar antes la degradación del medio urbano, en favor de la "normalización", en esta parte de Mérida se puede argüir su proximidad al puente, por donde se produce el mayor flujo circulatorio, y la cercanía de la iglesia principal, la iglesia senior de Santa María. Así pues, es razonable defender un panorama análogo al del resto de la ciudad, del que las excavaciones del

Consorcio van aportando nuevos datos.

9 Obviamente no se conserva esta segunda planta, pero sí el arranque de la escalera de fábrica que le daba acceso y unos puntos de apoyo diferentes, de mayor entidad, en los extremos de la columnata del peristilo en el lado sur; además de otros datos que ya serán expuestos en un futuro y que son fruto de la colaboración del arquitecto Miguel Sánchez en la restitución del alzado de algunas construcciones de Morería.



**LÁMINA 4**  
 Manzana II: Vivienda de vecinos, calles y edificio de nueva planta (Plano realizado por Valentín Mateos)



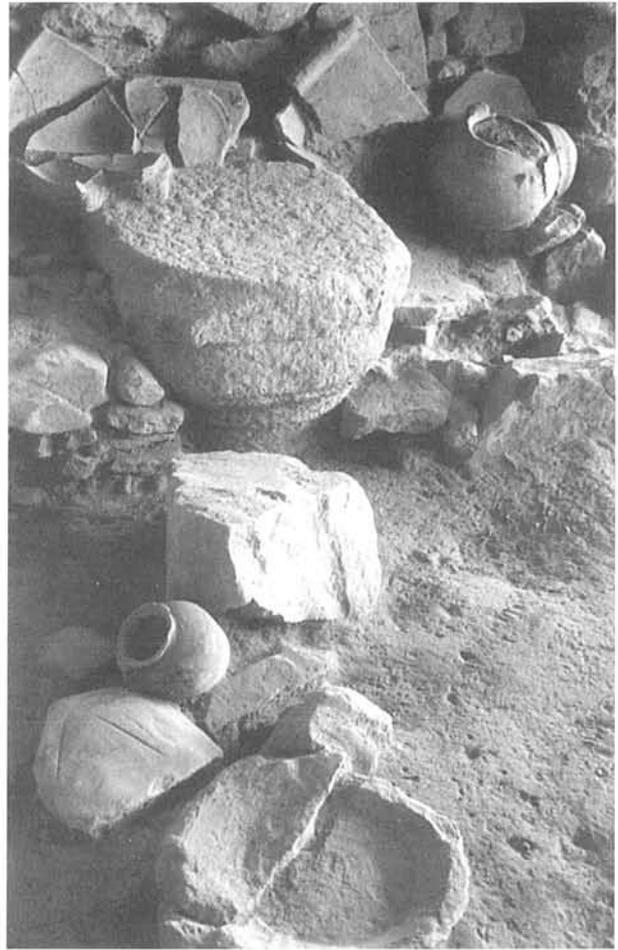
el piso del *triclinium*, quizá en busca de objetos de valor ocultos o embutidos en el pavimento (¿teselas áureas?). En este paréntesis de abandono fueron arrojados al pozo toda clase de elementos arquitectónicos, de manera que el depósito alcanzó casi dos metros de relleno. Posteriormente, en una fase avanzada del siglo V, el inmueble vuelve a habitarse siguiendo las pautas apuntadas más arriba.

A continuación pasaremos a exponer muy someramente las características de las viviendas creadas a partir de esa *domus* con objeto de dar una idea panorámica de este tipo de hábitat. Prescindiremos aquí de la descripción pormenorizada de enseres y de detalles sobre la evolución interna de estos espacios, salvo que el cambio sea lo suficientemente relevante como para reflejar una diacronía representativa y extensible a más casos.

Como es lógico, a lo largo de más de dos siglos de ocupación continua, se producen cambios en los inmuebles. El más importante es la desaparición de alguna de las viviendas iniciales anexionadas por otras, a veces conservadas como espacios de habitación, otras derribadas en parte para crear espacios más amplios, como veremos más adelante, lo que, en cualquier caso, implica una pérdida de efectivos de población a lo largo del proceso, aunque el número de familias fue considerable hasta el final.

La evidencia material más fiable para tratar de "familias" nos la proporcionan las cocinas. Del mismo modo que en el Medioevo y en Antiguo Régimen el vecindario pechaba en razón del recuento de hogares, tomándose una parte (el hogar) por el todo (la vivienda).<sup>10</sup>

A diferencia del mundo romano, en que se cocinaba, además de en hogares de suelo, en hornillos portátiles o sobre un vasar que permite trabajar de pie con mayor comodidad<sup>11</sup>, en época visigoda la



#### LÁMINA 5

Vasar montado con elementos romanos reutilizados. Las vasijas fueron abandonadas en la cocina en sus emplazamientos originales. En primer plano un fondo de *dolium* y una piedra de afilar

costumbre es cocinar en el suelo. Los hogares de las viviendas de época visigoda de Morería no siguen un patrón fijo de emplazamiento: los hay dentro o fuera de los espacios de habitación, exentos o adosados y con una gran heterogeneidad de plantas, materiales, tamaños y formatos.

Conocemos mejor la última fase de ocupación de las viviendas, fechadas a comienzos del siglo VIII,



10 "(...) en castellano dezimos: mi casa y mi hogar, y en muchas provincias dizen: tantos hogares o tantos fuegos, por tantas casas". Sebastián de Covarrubias, *Tesoro de la Lengua castellana o española*, 1610, s.v.: lares)

11 Ostia y Pompeya proporcionan numerosos ejemplos de estas estructuras que sólo excepcionalmente se conservan en el registro arqueológico.



**LÁMINA 6**  
Hogar de la vivienda *a*

que la primera (siglo V) debido al derribo de todos los inmuebles adosados a la muralla para crear un corredor defensivo desde el que hacer frente al asedio musulmán del 713. Los derrumbes sepultaron los últimos hogares en uso sin que diese tiempo a desmontarlos. La mayor parte de ellos aparecieron cubiertos de ceniza y otros, ocasionalmente, acompañados de recipientes cerámicos fracturados o excepcionalmente completos (lámina 5). Diferente suerte pueden haber tenido las cocinas de las fases anteriores desmontadas al reutilizar algunos de sus elementos en buen estado (como planchas de ladrillo o mármol) o sencillamente porque estorbaban o porque son reemplazados por otros que ocupan el mismo lugar. El recuento total de cocinas en la Casa de los Mármoles es de 15, sin embargo en la fase de

más ocupación llegó a compartimentarse al menos en siete viviendas, que se reducen a cinco en su última secuencia. Los hogares y sus emplazamientos son el elemento clave para, con la debida cautela, identificar el número de viviendas, pero siempre en relación a la secuencia estratigráfica y a la organización interna de los nuevos espacios de habitación a partir de las reformas practicadas en los inmuebles romanos. En este sentido, por ejemplo, nunca sabremos cómo se aprovechó la segunda planta de la *domus* que nos sirve de referencia: si se empleó de forma auxiliar por los ocupantes del piso inferior o si alojó a un grupo de familias indeterminado, o si estuvo deshabitada debido a las condiciones en que quedó en el siglo V.

Con objeto de facilitar la comprensión, remitimos a la comparación de las plantas de la figura 2, del edificio romano, y la figura 3 convertida en casa de vecinos integrada por siete viviendas que denominaremos, convencionalmente, mediante letras correlativas de la "a" a la "g".

**Vivienda *a*:** Se ubica en una esquina de la antigua *domus*, en una dependencia incomunicada con el resto del inmueble que originalmente sirvió como local comercial (taberna). Dispone de habitación única con 23 metros cuadrados útiles y un solo acceso que comunica directamente con la calle mediante tres escalones al interior para salvar el desnivel existente entre la vía y el suelo de tierra batida de la estancia. El último escalón, el más bajo, fue restaurado en época visigoda colocando diversas piedras. Junto a éste, adosado al muro interior de fachada, se documentó una superficie de varias placas de mármol con marcas de fuego también en la pared que evidenciaban su empleo como cocina pese a su conservación parcial. Estos restos de hogar quedaron sepultados por un aporte de tierras para recrecer el nivel de suelo de la estancia que contó con un nuevo hogar pero con un emplazamiento céntrico. La cocina (lámina 6) está formada por una superficie de cuatro ladrillos emparejados (extensión útil 60 cms. de ancho por 84 cms. de lon-

gitud) delimitada en tres de sus lados por ladrillos y pizarras canteados, a modo de cierre, sobresalientes siete cms. respecto a la superficie de uso. El lado frontal lo ocupa un tambor de granito recostado para punto de apoyo de las vasijas en la lumbre. En el lado derecho hay un hueco dejado en el enmarque del resalte y un ladrillo arrimado por fuera del hogar para, respectivamente, poder sacar las cenizas y como superficie auxiliar de cocina.

**Vivienda b:** A esta casa pertenece la parte izquierda de las fauces, desde donde se accedía en época romana a los baños privados, organizados en dos estancias conectadas: la primera para el baño de agua fría, vestuario y sauna, y la segunda para el baño con agua caliente y templada y sauna de calor más fuerte. En conjunto suman 35 metros cuadrados, sin incluir el aprovechamiento de la parte frontal en la zona de la fauce donde se emplazó la cocina.

En época visigoda, en la segunda habitación, hundido el *hipocaustum*, se restableció el nivel de suelo rellenando con escombros procedente del nivel de destrucción que afectó a la vivienda en el siglo V. A una primera fase pertenecen la restauración de un banco corrido con piedras y fragmentos de material constructivo y un hogar situado próximo a la entrada de la vivienda, a un lado y exento, sobre un piso semiperdido de cal, delimitado por un semicírculo de piedras.

En un recrecimiento del nivel de ocupación, el hogar pasó a la esquina, cerrado por grandes piedras. En su última reforma quedó como lo hemos hallado: con solería de piezas adaptadas de mármol y *tegulae* (hay una pieza completa) con una superficie útil de 1'10 m. x 1'54 m. En las inmediaciones de la fachada se hallaron dos rúedas de molino.

La diferencia de nivel entre el piso de las fauces y las de las termas, originalmente salvado por dos escalones, se hizo desaparecer mediante un relleno de tierra que dejaron en el subsuelo el banco mencionado y un zócalo de pintura mural gracias a lo cual conservamos uno de los pocos testimonios de

ornamentación parietal de la *domus*. En cambio, durante la segunda fase de ocupación las paredes perdieron sus enfoscados pintados, salvo algún resto aislado como los remates decorados con veneras de la bañera del *frigidarium*.

Coetáneo a la cocina de superficie de mármol estuvo en funcionamiento otro hogar en la primera habitación, exento, con tendencia circular, preparado con fragmentos heterogéneos de mármol y sin pared de delimitación que pudo funcionar en alternancia estacional con el otro. El del interior pudo servir como cocina de invierno y calefacción. En la esquina opuesta se preparó un murete semicircular semejante a una pileta pero con fondo de tierra, conectada a la calle mediante un agujero practicado en el muro de fachada, para desagüe ( y ¿letrina?) aunque se encuentra en el mismo recinto que el hogar citado.

Aprovechando la profundidad del baño que sobresale en la vía y su estructura semicerrada, se reutilizó con sucesivos niveles de fondo, como lugar de almacén y, en su última fase, a juzgar por la cantidad de tierra orgánica depositada, pudo haber servido como zahurda.

Para la ventilación, aparte de las puertas, la primera habitación contaba con una ventana con forma de tronera abierta a la calle. La estancia del fondo, sin más comunicación que a la primera dependencia, pudo estar reservada para dormitorio.

**Vivienda c:** Formada por tres habitaciones del ala oeste que suman un total de 72 metros cuadrados útiles, con comunicación independiente al patio. La última estancia posee dos vanos tapiados, uno de la remodelación llevada a cabo en el siglo IV en que se transformó una puerta en ventana, y otro en esta etapa consistente en una puerta interior cerrada con un gran sillar que lo aísla de la habitación más extrema, de 28 metros cuadrados, resultado de unir dos estancias y abrir un gran vano mediante la rotura del extremo absidado del corredor norte, dando lugar a un espacio a cielo abierto



#### LÁMINA 7

Dependencia principal de la vivienda *d*, con acceso original tapiado (al fondo), piso de tierra y hogar en la esquina (primer plano). Al fondo, en la vivienda *e* puede verse una rueda de molino

(?) o semiabierto, que pudo tener una función de establo o corral, en relación a la vivienda “c”. Este ala mantuvo los niveles de suelo excepto la segunda habitación, la más grande, que sufrió dos recrecimientos. En la primera estancia se ubicaba la cocina, exenta y bastante centrada en el habitáculo, con superficie cerámica, montada con dos *tegulae* completas con las molduras dispuestas hacia abajo y fragmentos de teja plana procurando cubrir huecos hasta conformar una planta oblonga (72 cm.x1'10 m.) delimitada por una pared de ladrillo colocados de canto que sobresale 5 cm. respecto a la superficie en la que se realizaba la combustión. El hogar fue hallado cubierto de cenizas, sin limpiar y sellado por un derrumbe de tapias y *tegulae*. Al fondo

de la habitación, en una esquina, se registró una fosa circular de unos 80 cm. de diámetro que pudo servir de silo o para alojar una tinaja semienterrada; si fue así habría sido retirada antes de la amortización completa de la casa, porque no apareció nada en su interior que pudiera informarnos al respecto.

**Vivienda *d*:** En apariencia es una de las viviendas con más espacio al contar con el gran salón absidado del ala norte y una de las dependencias anexas de la bodega, destinada a almacenamiento de víveres como indicaban los restos calcinados de gran cantidad de grano de cereal y huesos de aceitunas allí encontrados.

Sin embargo el salón o *triclinium* fue incendiado en el siglo V perdiendo su techumbre, aunque mantuvo probablemente el remate abovedado –con ladrillos– del ábside, mientras que quedó al aire libre el resto de la habitación, que creemos pasó a usarse como corral. Esta gran estancia de 103 metros cuadrados fue conectada lateralmente, como hemos dicho, con una dependencia contigua de 15'34 metros cuadrados, cortando el muro medianero y aislándola mediante el tapiado de su acceso original que la comunicaba desde la bodega (lámina 7). Ambas estancias poseen diferente cota en sus niveles de suelo, diferencia que fue reducida al dejar en el salón los restos del derrumbe y habilitar un piso de tierra batida.

La cocina se halla en la estancia más pequeña, en una esquina. Presenta diferente traza que las demás: de planta cuadrangular (1'40 m. de lado) con una parte de tierra donde se documentó un agujero de poste (41 cm. de diámetro) y una superficie de dos planchas grandes de mármol (de 94 cm. x 52 cm.) cerradas respectivamente por dos muretes, uno más alto, con seis hiladas de ladrillo superpuesto de 36 cm. de alzado, como reflector del calor, y el otro, más ancho (30 cm.), utilizado como vasar.

**Vivienda *e*:** Con comunicación a través de un doble escalón alzado desde el corredor norte, aprovecha dos habitaciones destinadas originalmente a





LÁMINA 8

Una de las habitaciones de la vivienda *f*: repárese en los muros sin enlucidos, pisos de tierra, umbral recreado, reutilización de un fragmento de columna, el cierre del pórtico mediante un muro (a la derecha) y los puntos de apoyo de los postes del porche

bodega y despensa, conectadas en profundidad. En total suman 52 metros cuadrados útiles, con un hogar exento en la primera dependencia de pared semicircular de dos a tres piedras superpuestas unidas con tierra y piso de tierra de 27 cm. de altura máxima y media de 19 cm.; con un ladrillo puesto de plano a un lado.

El piso original de *signinum* fue tapado por un suelo de tierra al que se le superpuso otro que enteró al hogar ya mencionado, sin que se haya documentado ninguna otra cocina en estas dos habitaciones; quizá por haber sido incorporadas o absorbidas por la vivienda "f".

Como se ha apuntado anteriormente la separación entre la vivienda "d" y "g" se hizo cerrando una puerta con un gran sillar colocado en vertical y otro menor adaptado al hueco restante y mampostería en

alzado. En su último nivel de uso fueron abandonadas tres ruedas de molino en buen estado.

**Vivienda *f*:** Con 54 metros cuadrados útiles, parece haber disfrutado de la mayor parte de las habitaciones del ala este, incluida inicialmente la casa "g" de habitación única. Todas las habitaciones tienen en común el uso de umbrales de mampostería unida con tierra. Un escalón que fue creado para atenuar las diferencias de nivel entre derrumbes acumulados en el patio, los vertidos y los niveles de ocupación de las estancias, aunque finalmente quedaron muy por debajo de los últimos niveles de uso. En un segundo momento pudo independizarse la dependencia "g" según se deduce de una pared de mampostería levantada al fondo (lámina 3 y 8) sobre el antiguo corredor; se habilitó para las tres estancias restantes un porche sostenido por tres



**LÁMINA 9**

Brocal del pozo con marcas del desgaste de la soga. El piso de baldosas bícromas del siglo IV en época visigoda se hallaba oculto por un nivel de escombros

postes de madera y un fuste partido de columna.

En su última fase debió anexionarse la vivienda "e" ya que el último nivel de suelo de aquélla carecía de cocina. Pertenecientes a la casa "f" se registraron, superpuestos, cinco hogares con solería de ladrillo, adosados al remate curvo, absidado, con hornacinas, del corredor romano. Dentro de una de las habitaciones aparecieron una rueda de molino, bloques de granito de fábrica romana y un fragmento de fuste de mármol de pie, que pudieron servir de puntos de apoyo de dos mesas arrimadas a la pared.

**Vivienda g:** Aislada por el murete que puede verse en el plano, está constituida por una única habitación (16 metros cuadrados) aledaña a la escalera de ladrillos que comunicaba con la segunda

planta, espacio del que no poseemos más datos que el derivado de los escombros del nivel de derrumbe definitivo y la lógica arquitectónica que se deduce de su planta, pero dudamos de que se conservase en óptimas condiciones de habitabilidad.

No se encontró ningún hogar de fábrica como los descritos en las otras viviendas pero sí marcas de fuego persistente en dos de sus paredes más próximas a la entrada, en unos puntos tan castigados que estallaron varias piedras del paramento de mampostería causando grietas y desconchones, además del correspondiente ennegrecimiento del entorno. Lo que ignoramos, debido a la superposición en este punto de un poderoso cimiento de fase emiral, es si la estructura intrusa afectó a la conservación del hogar o si éste ya había sido retirado con anterioridad, lo que podría sugerir entonces su desaparición como vivienda, aunque se mantuviera para otros usos como establo o granero. En cualquier caso, parece evidente que fue vivienda de similares características al inmueble vecino "a".

Desde la calle se entra en la "casa de vecinos" mediante el mismo acceso principal que en época romana, un vano cerrado por medio de un portalón de doble hoja auxiliado por otro anexo de menor luz. En época visigoda la carpintería de esta puerta ya no existía y se interpone un fuste de mármol como umbral (desgastado del paso), colocado ligeramente sesgado para impedir que entrara el agua de lluvia que discurriese calle abajo. Las fauces, un espacio de 68'24 metros cuadrados, sirvió de zona de tránsito a todo el vecindario, aunque hay una cierta privatización de sus laterales donde se ubican la vivienda "b" y, en el lado contrario, mediante una pared de mampostería de nueva fábrica, se creó una pequeña dependencia para almacén o para guardar algún animal.

Igualmente para uso de la comunidad, el patio dispone de 279 metros cuadrados, lugar de paso y de encuentro, lo que no impide que ocasionalmente sea utilizado como vertedero. Del pozo romano,



**LÁMINA 10**  
Vasijas con marcas de propiedad (del grupo 2)



**LÁMINA 11**  
Edificio de nueva planta que invade la vía

ubicado en el patio, se abastecen todos los vecinos. Dicho pozo, excavado en roca a una profundidad de 12 m. para surtirse de las capas freáticas del Guadiana, conservó su brocal monolítico marmóreo, pero no la estructura metálica donde pendía la polea, por lo que se comenzó a extraer el agua a pulso, lo que dejó profundas y múltiples marcas de desgaste de la sogá en el mármol (lámina 9).

Dentro del pozo apareció un buen número de vasijas que, por accidente, cayeron al fondo. Algunos cántaros poseen marcas incisas, siempre anepígrafas. Este detalle, aparentemente insignificante, alude también a la convivencia de diversos grupos familiares para que, al coincidir varios recipientes similares en la tarea de llenarlos, no hubiese confusión posible en el reconocimiento de su propietario, especialmente en caso de rotura de alguna pieza, de su sustitución o robo (lámina 10).

Hasta aquí hemos tratado de viviendas reutilizadas del período anterior por ser la nota predominante. Pero también contamos con algún caso de construcción de nueva planta en época visigoda. Para completar este apartado vamos a incluir uno de estos edificios, el de mayor entidad entre los documentados y, en relación, por proximidad, al vecindario residente en la "Casa de los Mármoles".

El edificio en cuestión (lámina 4) ocupa el extremo norte de la manzana II, adosado al lienzo defensivo fundacional y colindante a una puerta de la muralla de 4 m. de luz. Este acceso, el más ancho de los cuatro documentados en todo el solar, fue estrechado para facilitar su defensa en el siglo V, con jambas de sillares y relleno interior de cascotes y argamasa, uno de cuyos lados se prolongó calle arriba mediante un muro de flanqueo que emplea en su fábrica, entre otros elementos, varios tambores de granito. Así pues, por un lado delimitaba al *decumanus minor* y por otro cerraba la terminación trapezoidal de la manzana cuyo nivel de uso se encontraba a una cota superior y horizontal, a diferencia de la calle en progresiva pendiente en direc-

ción al río. Este muro fue aprovechado como cierre norte del nuevo edificio. La construcción de nueva planta se asentó sobre estructuras domésticas anteriores encuadrables igualmente en época visigoda, ajustándose aquéllas a los límites de un *cardo minor*. Sin embargo, el edificio que nos ocupa, de planta rectangular (14 x 9'70 m.), al adaptarse a la traza diagonal de la muralla necesitó ocupar gran parte de la vía (3'35 m.) desplazando, mediante un requiebro, la calle a un lado (lámina 11), cuyo piso de tierra y cascotes invadió parcialmente la zona de pórtico (obviamente ya desaparecido) de la manzana I. La vía, pavimentada con tierra y cascotes, pierde así el trazado rectilíneo pero mantuvo casi su ancho original (4'25 m. ahora, 5 m. antes).

Curiosamente su única puerta no se abrió a ninguna de las dos calles que lo delimitan, sino por el lado sur, orientada hacia el interior de la manzana. Con 3'20 m., de luz y jambas reforzadas por tambores de granito colocados de pie, debió cerrarse con una previsible carpintería de doble hoja. Desde el vano se accede a una antesala (6 x 3'30 m.) y, de aquí a un pasillo (52 cm. de ancho) descentrado y longitudinal que comunica con estancias rectangulares a ambos lados independientes entre sí, dos a la derecha (de 2'80 m. x 8'40 m. y 2'25 m. x 4'70 m.) y una a la izquierda (3'20 m. x 9'45 m.).

El sistema constructivo empleado es aparejo de mampostería unida con tierra para los zócalos y, en altura, tapial con una media de 63 cm. de grosor en los muros exteriores y 52 cm. en los interiores. El suelo es de tierra batida y la cubierta de *tegulae* e *imbrices* de formato romano (posiblemente reutilizados también). Los derrumbes de teja descansaban directamente sobre el pavimento de tierra de las estancias lo que, pese al grosor considerable de los muros, indica que posiblemente era de planta única.

La ausencia de hogares estables no permite asegurar categóricamente un uso doméstico. Con esa planta, distribución y ancho notable de la puerta pudo haber desempeñado cualquier otra función:

almacenamiento de bastimentos, cuadra, barracón de tropa, etc. No obstante, la planta del edificio fue afectada por varios cortes motivados por cimentaciones de época emiral, silos y sepulturas islámicas y, con mayor incidencia, por los muros del matadero municipal (siglo XIX), que pudieron haber hecho desaparecer cualquier prueba en este sentido.

Con respecto al mobiliario de las viviendas hasta aquí descritas, aunque no nos ha llegado nada del de madera, debió ser mínimo e imprescindible condicionado por las limitaciones de los espacios de habitación, pero lo traemos a colación porque también participa del reciclaje de elementos constructivos, fundamentalmente fustes, basas y capiteles que se convierten en asientos, mesas y vasares (lámina 5).

Concluimos este apartado con unos breves apuntes sobre indicios en el registro arqueológico que pueden ayudar a la identificación de los contextos de ocupación doméstica de época visigoda, al menos válidos para el caso del yacimiento emeritense. La presencia de hogares similares a los descritos, su número y emplazamiento en lugares anómalos (con respecto a la distribución de la casa romana), aporta pruebas concluyentes, pero debido a la frágil entidad de estas estructuras no es fácil que se conserven en el contexto arqueológico.<sup>12</sup> Hemos apuntado que hay más datos que deben tenerse en consideración como son, entre otros, la reestructuración de los espacios de habitación mediante accesos tapiados o aberturas en los muros, compartimentaciones, presencia de vertidos domésticos en los peristilos, empleo de elementos arquitectónicos reutilizados para funciones de lo más dispar, presencia de cerámicas a mano o torneta, número y emplazamiento de ruedas de molino, etc. Puede hallarse cualquiera de estas evidencias o no, pero tan revelador puede resultar lo que aporta el registro

arqueológico como lo que falta. En este sentido, siempre con la debida cautela y en relación a otras evidencias, un rasgo que se repite sin excepción en todos los inmuebles romanos de Morería es la desaparición de los recubrimientos de pared y de los pavimentos originales.

El uso a lo largo de esta fase de los mismos suelos romanos explica el deterioro con que nos han llegado algunos pavimentos de mosaico, *signinum*, cal, etc. A veces estos suelos se hallan completamente perdidos o quedan apenas rastros dispersos de lo que hubo, debido a una utilización permanente y prolongada de las mismas soluciones de continuidad. Otras veces son levantados de forma premeditada para robarlos o sustituirlos por otros de tierra y los subsuelos pasan a convertirse en superficies de uso. Sea como fuere, lo cierto es que los pavimentos asociados a estos contextos suelen ser de tierra batida a cotas coincidentes o similares a los suelos que les precedieron, por regla general ausentes.

Otra observación relativa a la documentación de las superficies es la práctica desaparición de los enfoscados lisos, moldurados o pictóricos que cubrían las paredes de las estancias romanas. Bien a causa de un lento deterioro o por acción antrópica, lo habitual es que terminen mostrando sus paredes desnudas, visibles las fábricas de mampostería, *opus mixtum*, tapiado o adobe. Por ello apenas contamos con restos residuales *in situ* de enlucidos heredados del período romano y, cuando aparecen, es frecuente hallarlos asociados a rellenos de nivelación.

En resumen, la lectura arqueológica que se desprende es que prácticamente todo el armazón estructural de aquellas viviendas es de origen romano, en tanto que la etapa visigoda queda plasmada en esas superficies de uso que los envuelven, aparentemente invisibles.



12 El área arqueológica de Morería posee un desnivel natural que ha favorecido la acumulación de tierras normalmente aportadas por los ocupantes para reducir o igualar las diferencias en los niveles de suelo. Además hay que tener en

cuenta la interrupción súbita de la vida del barrio, hecho que motivó la conservación de muchos testimonio materiales que, de otro modo, se habrían perdido.

## ASPECTOS SOCIOECONÓMICOS

En relación a las actividades económicas, contamos con evidencias que apuntan a un aprovechamiento agrícola, el más generalizado, alguna labor industrial de tipo profesional y, en otro plano, una pequeña artesanía de autoabastecimiento o de economía complementaria. Cualquiera de estas vertientes tiene en común el hecho de desarrollarse en el marco doméstico que amplía el uso residencial de las *domus* fragmentadas al de taller y granja (o corral).

Probablemente los vestigios aparecidos que se vinculan a una actividad industrial son una muestra muy mermada de lo que pudo haber, pero la única interpretación posible se fundamenta en los escasos restos materiales que nos han llegado. Éstos son de dos tipos: estructurales, relativos a instalaciones necesarias en el proceso de transformación, y las manufacturas resultantes.

Comenzaremos por referirnos a una instalación industrial que, aunque no se encuentra en el tejido urbano intramuros, sí posee una relación de vecindad con el barrio. Se trata de un grupo de tres hornos de producir cal ubicados en la zona extramuros, muy próximos entre sí. Debido a que la zona excavada se encuentra en los límites del solar no hay que desestimar que pudiera haber más. Presumiblemente, al menos los dos más cercanos, pudieron funcionar coetáneamente en cocciones alternas como es frecuente en este tipo de producción, sumándose un tercero en sustitución de algunos de los anteriores (lámina 12).

Su emplazamiento aledaño a la muralla, adosado uno de ellos al refuerzo de sillares, pudiera señalar que aún se mantienen vigentes las leyes municipales que regulan el establecimiento de toda industria contaminante de cierta entidad en la zona periurbana para evitar las molestias provocadas por las humaredas y los peligros de incendio en cada cocción. La localización de tres talleres de fundir metal intramuros parece contradecirlo; sin embargo,

no son equiparables ambas industrias ni en la emisión de humos ni en el volumen y control que del fuego se hace. Probablemente la calera se instaló en este lugar por disponer de espacio libre, lo suficientemente amplio como para desarrollar su actividad, favoreciendo el trasiego de carga y descarga de materias primas y leña mediante caballerías y en la proximidad del río para proveerse de agua con la que apagar la cal.

En época romana se observa la constante de realizar la transformación de materias primas para la fabricación de material constructivo allí donde se encuentran los lugares de extracción, es decir, los talleres se emplazan en la misma cantera, sobre el barrero o en la calera. La calera natural de Mérida, puesta en explotación hasta nuestro siglo, es el cerro Carija, a 3 Kms. de la población. En época visigoda se mantiene la misma pauta de modo que se sitúan los hornos en los lugares donde se encuentra la materia prima, sólo que ahora como calerizo comienza a explotarse la propia urbe. La cal se obtiene al quemar mármoles romanos, tal y como evidencian los restos hallados en el fondo de las calderas; fragmentos que fueron desechados a medio cocer en la última hornada que marcó el fin de la actividad en cada uno de los hornos referidos.

Muy poco sabemos de la industria desarrollada en la ciudad romana intramuros y nada de la emprendida en la urbe visigoda salvo algún comentario que puede entresacarse de las fuentes escritas. En época romana los talleres, por los mínimos indicios arqueológicos con los que contamos, pudieron estar concentrados según el tipo de producción, como los de vidrio o los alfareros, en la zona sur, en tanto que las tiendas se hallarían dispersas por la población. Varios de estos espacios comerciales se han documentado en Mérida, también en el solar de Morería, donde es posible que se realizase alguna actividad industrial. En época visigoda, además del tipo de materias primas obtenidas por medio de la



#### LÁMINA 12

Uno de los hornos de cal

reutilización de elementos romanos, el cambio más notable es el lugar donde se trabaja: en principio siguen siendo viviendas-taller como en época romana, y probablemente algunas *tabernae* mantuviesen su función; pero ahora, la principal novedad es que se ubican *dentro* de los grandes inmuebles romanos.

La cultura material representativa del aporte germánico se vincula a trabajos de metalistería, como determinados diseños de piezas para adorno personal: fíbulas y broches. Sin embargo, ningún objeto de estas características se ha hallado en el área arqueológica de Morería, aunque sí tres talleres de fundición. Como es lógico, esta actividad por sí misma no presupone artífices de un determinado grupo étnico.

El trabajo de metales ha sido documentado en el interior de las *domus* 6, 9 y 11. En los tres casos situados en los límites de los patios, pero a cubier-

to, en relación previsible con un espacio ventilado y la cercanía de pozos. Según el orden establecido de las viviendas, el taller segundo (*domus* 9) desarrolló su actividad en una gran estancia compuesta por tres remates curvos de planta trebolada. De este taller se encontraron restos del asiento de un fragua y varios orificios de poste y el suelo quemado cubierto de carbonilla que apuntan a alguna instalación más. En la *domus* 6 se hallaron los restos de una construcción arrimada a un muro con las paredes calcinadas y toberas de arcilla cocida dispuestas en el perímetro correspondiente a un horno de fundición en relación con dos crisoles fijos, embutidos en el suelo, situados en las inmediaciones. Del interior de un pozo de la *domus* 12 se recuperó el fondo de otro crisol de considerable tamaño (unos 25 cms. de diámetro), con abundante escoria de fragua. A este respecto los residuos de fundición constitu-

yen la evidencia más numerosa y orientativa sobre la existencia de espacio de estos talleres. Trabajaron indistintamente el bronce y el hierro, con preferencia hacia el primer metal, pero no el mineral en bruto sino valiéndose del refundido de piezas romanas. Al contexto del primer taller<sup>13</sup> pertenece la figura de bronce de Diana de la que se hace un detallado estudio en el trabajo de Rocío Ayerbe en esta misma publicación. La escultura se halló en la dependencia contigua al horno, junto a otras piezas metálicas que sugieren el final de la actividad del taller. También en el taller segundo se documentaron diversos objetos metálicos para ser fundidos o reparados, como un conjunto de arreos de caballería<sup>14</sup> arribados al pie de uno de los muros absidados.

La capacidad de los crisoles, las características de las fraguas y el espacio destinado a realizar la actividad presumen una categoría profesional en los tres obradores.

Con respecto a la producción cerámica no hay rastro de alfarerías, pero las manufacturas ofrecen una información indirecta que no debemos pasar por alto.

Sin tratar aquí de las cerámicas importadas, la alfarería local oferta, a grandes rasgos, tres modalidades de productos, manteniéndose predominante el grupo uno en una etapa inicial, después imponiéndose el grupo dos hasta el final y una participación menor del grupo tres con respecto a los otros. En líneas generales éstas son las características atendiendo a su factura:

GRUPO 1: Compuesto por piezas realizadas a torno rápido y cocción en atmósfera oxidante. Los fragmentos presentan roturas rectilíneas, pasta decantada y colores claros, marrón, rojizos o anaranjados. Los modelos de las vasijas siguen los patrones heredados del período romano con una gama de productos de perfiles estandarizados, aunque no exentos de cierta evolución.

GRUPO 2: Formado por piezas trabajadas a torneta, esto es, a torno lento, cocidas en cualquiera de las atmósferas posibles, irregular, oxidante (pero a más baja temperatura que el grupo 1) y, en menor medida, reductoras. Los fragmentos cerámicos tienen más grosor, fractura abrupta, sonido apagado y la pasta, aunque inicialmente decantada, suele presentar abundante desgrasante añadido, especialmente cuarcítico, feldespático y/o micáceo; tras la cocción predominan los tonos pardos. Las vasijas se inspiran en los modelos romanos pero con una heterogeneidad asombrosa de variantes, si bien dentro de unos repertorios tipológicos bastante limitados.

GRUPO 3: Compuesto por piezas modeladas a mano (no consideramos en este grupo los grandes recipientes de almacenaje elaborados mediante urdido), en ocasiones retocadas a torneta o prescindiendo por completo de esta herramienta. Cocidas a baja temperatura en atmósfera irregular o enteramente reductora, lo que les confiere tonos pardos, oscuros o negruzcos. Los fragmentos suelen ser gruesos e irregulares, rotura muy abrupta, pasta gruesa con abundante desgrasante del tipo arenoso. La gama de piezas se reduce a muy pocos tipos, siempre de función básica.

Las cerámicas de los grupos dos y tres poseen características diferentes suficientes como para identificar los contextos de época visigoda, pero las series comunes del primer grupo pueden pasar por romanas, lo que, en relación con fragmentos de sigillata del tipo clara, pueden confundir al excavador, arrasando cronológicamente los contextos hacia atrás. Después de todo, el marco deposicional al que están asociados son las casas de origen romano.

La conclusión inmediata que se deriva de los tres conjuntos cerámicos descritos es la de pertenecer a tres sistemas de producción distintos. Uno alfarero profesional con dedicación exclusiva (Grupo 1)

13 Excavado por los arqueólogos Félix Palma y Miguel Hernández. Los hornos de cal, por Santiago Feijoo.

14 Excavados por J. L. Mosquera y Juana Márquez.

paulatinamente desplazado por manufacturas propias de artesanos de tipo eventual (Grupo 2); y un tercer grupo, derivado del anterior, de artífices ocasionales para consumo propio o comercio muy restringido. Por último, por lo que se refiere al usuario hay que destacar la disminución notable del menaje cerámico de uso cotidiano con una concentración de funciones en un grupo mínimo de vasijas (multiuso) muy alejadas de la gama tan variada y especializada de las cerámicas romanas.

En relación a otras labores de tipo industrial, en una segunda modalidad de producción, contamos con manufacturas circunscritas igualmente al ámbito doméstico, pero asociadas a una pequeña artesanía complementaria a la economía familiar y de autoconsumo. En este sentido tenemos varias piezas óseas devastadas, de desecho, con improntas planas e incisiones para la extracción de placas y agujas respectivamente (u otros útiles). Se suman a las manufacturas óseas las mencionadas cerámicas trabajadas a mano que definen el grupo 3, con toda probabilidad cocidas en hornadas de soenga<sup>15</sup>, así como algunas pesas de telar de barro cocido, trapezoidales, únicos indicios de una industria textil de marco doméstico en la misma línea de lo que se viene argumentando.

Como sabemos, la actividad agropecuaria no suele dejar un abundante repertorio de cultura material; tampoco es fácil que quede registrada en los espacios de habitación pues su contexto deposicional suele ser el campo y ha de considerarse las posibilidades de reaprovechamiento para otros menesteres. Ni siquiera en las *villae* es frecuente hallar utillaje agrícola, cuanto menos en la ciudad. De los materiales documentados en Morería algunos objetos de referencia indirecta aparecen en una cantidad lo suficientemente significativa como para considerarlos representativos de esta etapa. Otros,

aunque aislados o escasos, puestos en relación entre sí y asociados a restos óseos o a la transformación de espacios en la vivienda, cobran un mayor sentido de inferencia.

Entre las evidencias materiales del primer grupo, en relación a la transformación del producto agrícola, se encuentra una abundante presencia de ruedas de molino. Se trata de pequeñas y gruesas muelas de granito o anfivólita (piedra de tono gris azulado), accionadas a mano y formadas por dos piezas adaptables. La de abajo con base plana y remate cónico, con un orificio en su eje para fijar un tope que asegure el asiento de la pieza superior, con forma cóncava para adaptar la piedra de asiento y dos orificios, uno pequeño y perimetral en el que se disponía el empuñador vertical para accionar la rotación y otro mayor en su eje, para verter el grano.

Otro prototipo de muela complementario integra las piezas anteriores, con forma de anillo y pared interior convexa y pulida por la abrasión. Parece que su empleo implicaba un emplazamiento más estable –dentro de la vivienda, en un lugar apartado– que el de las ruedas de opción portátil aparecidas en el interior de las casas o junto a la puerta, en el patio.

Estos formatos se mantendrán en época islámica pero de mayor diámetro, menor grosor y siempre de granito. Modelos que son pervivencias morfológicas del mundo romano pero con la novedad en época visigoda de su proliferación y vinculación a espacios domésticos intramuros, dentro del marco de la economía familiar.

Ahora la transformación de cereales se realiza en la vivienda a diferencia de la ciudad romana abastecida de harina por los molineros que, a su vez, aprovisionaban a las panaderías aunque era normal que coincidiesen esas actividades en un solo negocio como ocurre en Ostia o Pompeya. En los

15 Modalidad de cocción cerámica en que no existe una estructura específica de fábrica, sino que las piezas son cocidas en

contacto directo con el fuego, normalmente en una fosa, recubiertas de leña y tierra o a ras del suelo.



**LÁMINA 13**

Los restos óseos de los vertederos asociados a las viviendas apuntan a un aprovechamiento pecuario en este mismo ámbito

jardines de la Alcazaba de Mérida pueden contemplarse enormes piedras para la molienda y, recientemente, en una excavación periurbana, apareció un *catillus*, piedra bitroncocónica para la molienda, de los accionados mediante caballerías (Sánchez y Alba, 1998: 222).

La Mérida visigoda probablemente también contó con profesionales de estas labores pero, según se ve, la población las asumió como una tarea doméstica más. El gasto de grano en lugar de harina puede tener dos explicaciones complementarias: un salario en productos o pequeñas cosechas de cereal para consumo familiar y comercialización local del excedente. En cualquier caso, la molienda en casa alude indirectamente a la merma del sector

panadero profesional y explica esas cocinas de piso de ladrillo o mármol tan características de esta fase, de gran poder calorífico, que, una vez apartadas las ascuas y limpias de ceniza, servirían para hacer pan.

Otro dato valioso que advierte la ocupación doméstica de época visigoda es referente al tratamiento de la basura, o más precisamente, los lugares empleados como vertederos. Al margen de los emplazados extramuros que debieron existir (aunque todavía no se ha documentado ninguno), de lo que tenemos constancia es de que se acumulan basuras en el interior de los patios vecinales y, en menor medida, en la vía pública.

Los desperdicios de ámbito doméstico visigodo lo constituyen básicamente cenizas, carbones, fragmentos cerámicos y huesos. Relativo a los restos óseos hay que destacar la cantidad considerable de partes poco o nada aprovechables para el consumo: pezuñas, cascos, mandíbulas, piezas de dentición, cráneos, cornamentas, etc., correspondientes al despiece de animales de granja adultos que serían sacrificados, supuestamente, en los patios de las casas. La aparición de cráneos completos, sin quebrar para extraer los sesos, supone que, al menos en determinados casos, son partes de desecho (lámina 13). En este sentido, por ejemplo en la *domus* 7, un vertedero proporcionó numerosos cráneos de cabra con sus correspondientes defensas.

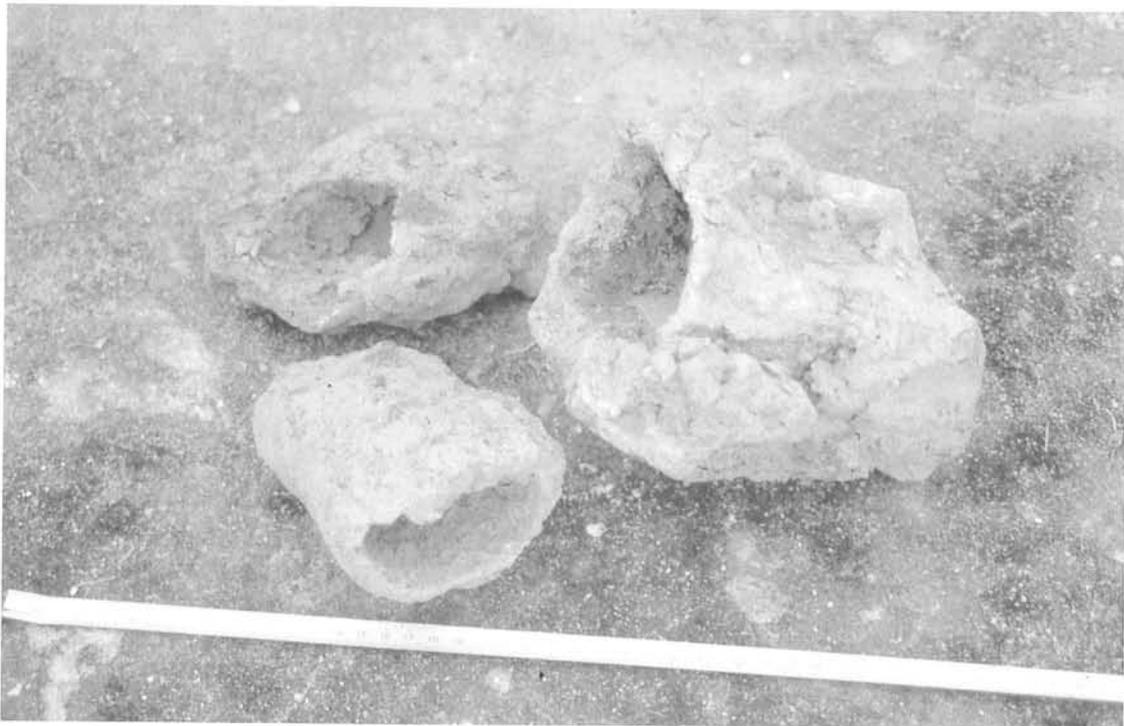
Sin embargo, aceptar el sacrificio de animales en el entorno doméstico no implica necesariamente su cría en este mismo espacio, pero hay dos indicios que apuntan a ello. En primer lugar, el hallazgo de animales enterrados en los inmuebles y, en segundo lugar, la creación de reformas estructurales en los ya modificadas y subdivididas viviendas romanas para habilitar espacios con un posible uso como establo o corral.

Pese al carácter excepcional (o casual) que podría concederse a la primera evidencia arqueológica, contamos con dos casos: el de una oveja en la *domus* 12, presumiblemente enferma porque su



**LÁMINA 14**

Restos completos de una oveja enterrados en uno de los espacios identificados como corral



**LÁMINA 15**

Cencerros hallados en un contexto doméstico urbano

propietario no la estimó apta para el consumo. El animal fue sepultado en una fosa abierta en un contexto de vertedero de esta fase, amortizado después por un piso de tierra batida en uno de los corrales a los que a continuación nos referiremos (lámina 14). Y el segundo, el de un équido, quizá un asno, en la *domus* 1, al que le faltaban únicamente las extremidades.

Otros materiales que nos remiten al aprovechamiento pecuario son un grupo de cencerros hallados en la "Casa de los Mármoles" (lámina 15) y otros restos dispersos de este mismo objeto, utilizado, como es sabido, para llevar animales a pastar en grupo.<sup>16</sup>

En los restos óseos de los vertederos domésticos han sido identificados la mayor parte de los animales que tradicionalmente han estado y siguen vinculados a la economía agraria extremeña: ganado porcino, ovicápridos, equino, vacuno y ave de corral. Pero, a la espera de un estudio exhaustivo, encabeza la lista el ganado caprino. Conviene recordar que la cabra, debido a su gran y continuo rendimiento en la producción de leche, aprovechamiento de piel y carne, capacidad de gestación, resistencia y alimentación poco exigente, es el predominante en las economías de subsistencia.<sup>17</sup>

Así pues, las *domus* compartimentadas romanas dieron alojamiento a varias familias y a un número indeterminado de animales de granja. En las viviendas de una o dos habitaciones, como las en otro tiempo *tabernae* situadas en las fachadas y esquinas de las *domus* es discutible, aunque no imposible, este recurso que supondría la coexistencia bajo un mismo techo de animales y personas. Pero en las viviendas abiertas a los patios se crearon espacios para este cometido aunque no podemos asegurar si

se aprovecharon de forma colectiva o particular.

En la mayoría de las *domus* están presentes estos recintos al aire libre o semicubiertos creados al derribar algunas estancias. Las mayores transformaciones se produjeron en las *domus* 1, 3, 6, 11 y 12. En los inmuebles romanos adosados a la muralla se da un denominador común con desigual incidencia; los espacios más transformados son los colindantes al cerco defensivo. La *domus* 5 que nos sirve de ejemplo no es una excepción: dos habitaciones se convierten en una al eliminar hasta los cimientos la pared que las separaba y se le practica un corte en el muro que daba al patio para abrir un nuevo acceso, mas grande, al tiempo que se cierra la puerta original con un bloque de granito que impide el paso a una estancia lateral, pero no la conexión visual, por lo que hace sospechar que este recinto perteneció también a la vivienda "c", máxime si tenemos en cuenta que la vivienda colindante, la "d", disponía de su propio espacio. Nos referimos al enorme salón absidado, de un centenar de metros cuadrados que, incendiado en el siglo V, quedó desde entonces a cielo abierto.

Quizá otras habitaciones pudieron servir a los mismos fines encerrando el ganado bajo cubierto, lo que no deja de ser una conjetura. Pero la creación de estos espacios más amplios (amortizando lo que una primera fase de ocupación visigoda habían sido viviendas), los restos óseos de los vertederos en los patios, los animales enterrados y algún utillaje como los cencerros en este mismo ámbito son pruebas razonables para aceptar un uso ganadero.

Por último, no debemos terminar el apartado de economía sin hacer alguna alusión a la moneda. A propósito de su circulación e implicaciones comerciales hay que considerar como algo más que una

16 La finalidad de los cencerros y campanillos no es sólo informar al pastor de la situación del ganado, fundamentalmente sirve a los propios animales para orientarse con respecto a la dispersión del rebaño, independientemente de que el pastor recurra a los silbidos o a los perros para conducirlo o reunir-lo. Por ello no todos los animales precisan de cencerros, sólo

los guías. Agradezco esta información (y la nota 17) a don Pedro Parada (Jerte) sobrado conocedor, por experiencia, del pastoreo.

17 En productividad inmediata la cabra proporciona 1,5 litros de leche diarios de forma constante, aventajando a la oveja que da menos leche y cíclicamente deja de producirla.



casualidad el vacío absoluto de cuños visigodos en el área de Morería. Un solar de tan grandes dimensiones, densamente poblado sin interrupción hasta el siglo VIII, no ha proporcionado, sin embargo, ni un solo testimonio numismático. Ninguno que no sea romano, habría que especificar. Asociada a los contextos del siglo V en adelante aparece un volumen considerable de monedas de bronce, mayoritariamente del Bajo Imperio y algunas piezas extrañas sin cuño o con un tamaño minúsculo. Esto, por un lado, nos informa de la vigencia que llegaron a tener los medios monetales romanos (contribuyendo a la confusión de datar erróneamente estos contextos) y la necesidad de mantenerlos hasta, al menos, bien entrado el siglo VII, en una primera fase; pero por otro, debemos plantearnos si tal cantidad inusual relacionada con el ámbito doméstico y próximo al final de este horizonte se debe al "descuido de los usuarios" o porque progresivamente las monedas de bronce entraron en desuso hasta perder su valor, incorporándose al contexto deposicional. Su presencia y número, paradójicamente, indicarían un receso en la economía y la implantación de nuevas fórmulas como el trueque y la autarquía. En tanto que las monedas de oro de la corona visigoda (Orlandis, 1985: 340-341) circularían entre las

clases privilegiadas dependientes de otras necesidades y usos.<sup>18</sup>

Todos los cambios que se han ido viendo en lo económico se pueden convertir en argumentos de inferencia para aproximarnos a la sociedad de esta fase. Cambios que no se generan de la contraposición de romanos y godos o cristianos y arrianos, aunque en las fuentes textuales se alude a ellos, sino del propio contraste del organigrama social. Un sistema derivado de la consolidación de un proceso ya iniciado en el Bajo Imperio que hunde en el latifundismo, y en la concentración de riqueza, sus cimientos. De forma paralela, la ciudad languidece lentamente en su propia incapacidad de desarrollo, perdiendo el impulso inicial. Serán decisivos los datos proporcionados por Recópolis para evaluar esta tendencia al marasmo urbano o las causas profundas en la evolución del despoblamiento de ciudades como Cáparra o Regina.

Mérida se hallaba inmersa en todo este proceso de transformaciones cuando las tropas de Muza ponen sitio a la ciudad. Para la historiografía local el 713 es el año fatídico en que Mérida entra en un proceso de irreversible decadencia; en realidad habría que referirse a un proceso (no a un acontecimiento) iniciado tiempo atrás.

---

## CONSIDERACIONES FINALES

Durante más de dos siglos se prolongó la ocupación, en época visigoda, de los inmuebles romanos comprendidos en el Área Arqueológica de Morería. En suma, un núcleo heredero en gran medida del legado arquitectónico romano que se extiende al ámbito doméstico; un conjunto que pervivió, no sin profundas modificaciones, al menos en esta zona, hasta la irrupción islámica. Las excava-

ciones que de forma continuada realiza el Consorcio de la Ciudad Monumental irán aportando nuevos datos que aclaren hasta qué punto la secuencia proporcionada por esta parte de la ciudad es extensible al resto de la urbe.

Esta etapa se iniciaría en Mérida con las medidas de reactivación de la vida urbana emprendidas por el dux Salla y el prelado católico Zenón en los

---

18 Según refiere G. Iglesias, el 25 por ciento de los fondos numismáticos del Museo Arqueológico Nacional proceden de Mérida. En todas las intervenciones arqueológicas del Con-

---

sorcio de los últimos tres años sólo se ha hallado un pieza: un triente acuñado en Mérida. (Barrientos, 1998: 127).

inicios del último cuarto del siglo V, acompañada de una repoblación progresiva que se instalará en las viviendas romanas dentro de un proceso que culmina en el siglo VI. La evolución del vecindario tenderá a la asunción de sistemas de producción autárquicos inmersos en una economía agropecuaria plenamente consolidada en el siglo VII. En Morería este proceso de ocupación y transformaciones se interrumpe con la desaparición de todos los inmuebles de esta zona aledaña a la muralla durante el asedio de las tropas de islámicas.

Destacaremos en primer lugar el carácter mimético que posee esta etapa que explica por qué ha pasado casi inadvertida en la documentación arqueológica. La dificultad en el reconocimiento de estos contextos se debe, por un lado, a la ausencia de fósiles directores fácilmente identificables como los proporcionados por las cerámicas finas importadas, la numismática, la toreútica o la escultura decorativa. Con relativa frecuencia aparecen en Mérida nuevas piezas arquitectónicas decoradas que incrementan la colección más nutrida de "Arte Visigodo" de la Península, pero solo muy excepcionalmente aparecen asociados a su contexto originario y no reutilizados en cualquier época posterior. Sirvan de ejemplo el conjunto considerable de mármoles de "estilo visigodo" hallados en Morería; todos reutilizados en contextos islámicos o modernos. Por otra parte el material de uso cotidiano en época visigoda, la cerámica, el vidrio, los objetos de hueso o metal, es continuista, en parte, técnica y morfológicamente de la etapa anterior sin llegar a desprenderse de ese bagaje cultural. Entonces, ¿podemos referirnos a una cultura material diferente, específica, original en esta época? El conservadurismo es un rasgo definitorio de las manufacturas de esta fase. También se observa en el corpus cerámico, aunque en cualquier manufactura existe evolución y novedades. Los cambios son innatos al sistema productivo artesanal sin necesidad de explicarlo por aculturación. En cambio, más reveladores que el produc-

to final, son el proceso técnico del que son resultantes, los datos relativos a los artífices, al ámbito en que son elaborados, su alcance comercial y finalidad utilitaria. Y aquí sí aparecen importantes argumentos de contraste. Insistimos, no se trataría de identificar tanto al objeto, que nuevamente nos remite al patrón romano reinterpretado, como de intentar dar respuesta al cómo, quién, dónde, por qué, para qué, de los grupos cerámicos, por ejemplo, que llamamos dos y tres (asunto que esperamos abordar en un futuro).

Intentamos en los apartados anteriores mostrar el contrapunto de la vivienda romana y la de época visigoda partiendo de la premisa de que la Mérida de los siglos VI y VII, más que una ciudad superpuesta a la antigua, es la misma ciudad, aunque detrás de esa apariencia externa las principales novedades se derivan del uso del término "reutilización".

Con respecto a la urbe de la etapa precedente, casi mantendría igual fisonomía: organización reticular de las mismas vías y manzanas, sólo que con ausencias de elementos del período anterior como algunos edificios públicos o las áreas funerarias paganas, y la participación de otros nuevos, fundamentalmente con un carácter religioso. Los cambios en la etapa visigoda no estriban tanto en la privatización de los espacios públicos, en la ocupación de los pórticos, en las calles pavimentadas de tierra, aspectos ya alterados e iniciados en la Mérida romana, sino en las características de las viviendas.

Atendiendo a la información recopilada en las *domus*, las transformaciones afectaron a su desarticulación, fragmentación, disfuncionalidad de las partes que las integran y, consecuentemente, a cambios en la propiedad. Cabe preguntarse qué fue de sus dueños y descendientes, con multitud de respuestas posibles: huidos o muertos durante el siglo de las invasiones, trasladados definitivamente a las *villae*, arruinados o deportados, requisados sus inmuebles, repartidos para el alojamiento de tropas

(y de sus familias) por ejemplo. Sea como fuere, los acontecimientos sufridos en el siglo V, aunque no detallados por fuentes escritas, sí testimoniados por la arqueología, fueron decisivos para explicar el tipo de poblamiento posterior que caracteriza la etapa visigoda.

Durante la centuria de las invasiones todos los inmuebles romanos del área de Morería sufrieron daños de diversa índole, perdiendo sus elementos de ornato, algunas techumbres y peristilos; pero, con todo, las mayores repercusiones de tipo estructural se produjeron durante la etapa visigoda con la reocupación de dichas viviendas convertidas en espacios multifamiliares, en comunidad de vecinos, con distintos modos, calidad y niveles de vida alejados de los que disfrutaban los propietarios romanos, reflejo de una sociedad también distinta.

Ostensibles cambios en el marco desaparecido del esplendor de la arquitectura privada romana, sustituida por la rehabilitación de inmuebles ruinosos o en buen estado, pero sin recuperar jamás el brillo y el boato del Mundo Antiguo. Así pues, los inmuebles son los mismos, la novedad estriba en la forma de ocuparlos.

Aparte del estado irregular de conservación en que quedan a lo largo del siglo V las reestructuraciones afectan a la subdivisión y adecuación de los espacios adaptados a las necesidades de los nuevos inquilinos mediante intervenciones constructivas puntuales, las menos, y deconstructivas las más. Necesidades que tienen que ver con la distribución que se hace por familias, a los acomodos de habitabilidad practicadas en cada casa (como tapiar vanos o abrir otros nuevos), a la preparación de espacios compartidos por el vecindario y de la funcionalidad derivada de tareas productivas de tipo industrial o

agrícola que motivan la eliminación de estancias para crear recintos al aire libre. Todo ello dentro de un proceso optativo de remodelaciones que implica a cada generación de habitantes.

Valorar hasta qué punto, como creemos, este barrio es representativo de la generalidad de la población de Mérida o trasladable a otros núcleos urbanos será importante para perfilar la ciudad tardoantigua. El barrio visigodo no se caracteriza por la construcción de importantes edificios de nueva planta<sup>19</sup>, ni por sus mármoles escultóricos, aportes musivarios u otras manifestaciones de ornato arquitectónico, todas estas artes inexistentes en Morería, sino por la condición humilde del vecindario.

Indudablemente, en Mérida habría también ricas y enormes casas señoriales, según se deduce del contenido del *Libro de las Vidas de los Santos Padres Emeritenses*. Grandes *domus* heredadas o de nueva construcción, como el palacio que manda levantar el Obispo Fidel —por cierto, reproduciendo el boato de las *domus* del siglo IV<sup>20</sup>—. Pero se hallan ausentes en las seis manzanas de Morería. Aquí, ninguna de las grandes *domus* mantuvo su antiguo estatus; sin excepción evolucionaron, como hemos visto, a casas de vecinos. Todos estos inmuebles constituirían una muestra representativa del hábitat urbano de la época, situando en el extremo las casas de una sola habitación (suficientemente representadas en Morería) y los palacios de las élites afinadas en la ciudad de la que todavía no poseemos constancia arqueológica.

Otro aspecto que se deduce de las viviendas atañe al nivel y la calidad de vida, al contraste de las *domus* medias unifamiliares romanas con las derivadas de la compartimentación y uso colectivo de las primeras. Inferir en estos temas a partir de la cultu-

19 Contamos con dos casos en un total de seis manzanas, uno de los cuales, el más importante ha sido descrito en el apartado de las viviendas.

20 Los elementos del palacio arzobispal mandado construir por Fidel reproducen los existentes en la Casa de los mármoles, evidenciando una pervivencia del gusto por aquellas modas

del siglo IV: "Así elevado a gran altura la vasta extensión del edificio, rodeado de suntuosos atrios de columnas ornamentales, revistiendo todo el pavimento y los muros de bien labrados mármoles, lo cubrió con magnífico artesonado." *Opus cit.*, pág. 98.

ra material y el propio ámbito doméstico resulta arriesgado y las conclusiones discutibles, bien por su base eminentemente interpretativa bien porque tal vez ni siquiera proceda la equiparación entre dos sociedades de distinta época. Y sin embargo es ese ejercicio diacrónico el que puede aportar argumentos de contraste con respecto al Mundo Antiguo.<sup>21</sup>

Los cambios, como hemos visto, quedan plasmados en el aspecto de las viviendas, en los modos de vida predominantemente agrarios, en general colindantes a fórmulas de subsistencia. Desde un punto de vista cuantitativo se deduce un aumento de efectivos de población, o al menos de residentes intramuros, si cada vivienda romana se fragmentó en un número variable de ellas. En términos absolutos, este dato corroboraría la etapa de expansión y auge que los historiadores atribuyen a Mérida en el siglo VI. Lo que no impide, desde una óptica cualitativa, aceptar el frágil equilibrio de esta sociedad vulnerable a las crisis de subsistencia debido a sus condiciones de vida.

El conjunto de vivienda de Morería refleja una progresiva ruralización del ámbito urbano donde no falta una modesta actividad artesana. Conocemos por las fuentes escritas que la ciudad contaba con menestrales y comerciantes empleados en satisfacer las necesidades consumistas de las élites, pero paralelamente, según los indicios referidos, el grueso de la población se abastece de manufacturas básicas de pequeños talleres locales y mediante el ensayo de estrategias autárquicas.<sup>22</sup>

Tras algo más de dos siglos de vigencia del barrio conocemos la síntesis y el resultado final de la evolución ocupacional: se crean los espacios amplios de corral sobre lo que habían sido lugares de habitación (ya en época visigoda) o la desaparición de la actividad de dos de los tres talleres de fundición mencionados.

Apuntábamos al principio que, tanto por su situación clave como por la extensión del solar, el área arqueológica de Morería posee la validez de muestra de un barrio representativo de época visigoda. Más aventurado es encuadrar al vecindario en los grupos sociales conocidos. En principio el barrio parece integrado por ciudadanos libres, al menos aquellos asociados a la explotación de recursos; pero si hubo también población con régimen de servidumbre, esclavitud (residentes aquí pero al servicio de las élites) o de "colonato urbano" dedicados a la explotación de las tierras de labor periurbanas de los ricos señores, se nos escapa. La precariedad de medios que denota el ámbito doméstico puede deberse a detentar cualquiera de esas situaciones de semilibertad o esclavitud, pero también con la de un grupo social libre empobrecido, propenso, en cualquier caso, a verse traspasado al grupo social inferior en momentos de crisis, buscando, por ejemplo, la protección de algún patrono (civil o eclesiástico). Recordemos la situación de pobreza que padecen aquellos *humiliores* mencionados en las *Vitas* que han de recurrir, en tiempos de bonanza como los del Obispo Masona, a la caridad de la Iglesia, proporcionándoles asistencia sanitaria, alimentos, limosnas o préstamos. En contextos depresivos y tiempos de auténtica carestía el organigrama social debía resentirse sobremanera.

A través de los elementos descritos en la primera parte del trabajo podemos construir una imagen complementaria a la transmitida por el *Libro de las Vidas*, obra redactada por un hombre de Iglesia, cuyo contenido literario ha servido decididamente para sustentar la idea de plenitud o madurez con que algunos autores califican la época visigoda de Mérida. No dudamos que, proporcionalmente, siguiese estando entre las primeras urbes de *Hispania*. La ciudad mantiene su poder político y admi-

21 En qué cambia, qué permanece, qué se transforma, qué pierde, en qué progresa.

22 En las excavaciones no hemos hallado ninguna manufactura

singular, o excepcional en relación al comercio exterior, digna de mención más que productos comunes como los cerámicos, mientras que los de vidrio son muy escasos.

nistrativo pero es la Iglesia la que parece prosperar más, aventajando en influencia al poder civil. Un poder creciente que se manifiesta en el paisaje urbano y su entorno mediante la construcción de iglesias, ermitas, conventos y edificios de asistencia social (hospital, hospicio, escuela, etc.), reflejando su autoridad, creando focos de atracción y referencia y extendiendo su control a la vida cotidiana, recomendando primero, imponiendo después, una conducta, un calendario, una conciencia. García Iglesias hizo una lectura diferente del *Libro de las Vidas* llegando a una conclusión más acorde con los datos arqueológicos de Morería. Detrás del bajo nivel de desarrollo que padece la población se encuentran los grandes capitales civiles o eclesiásticos.<sup>23</sup> La Iglesia, con su enorme concentración de riqueza, participa como causa y parte en fomentar la desigualdad social, utilizando como regulación compensativa el auxilio de la caridad.

La población numerosa de Mérida y las noticias de prosperidad (sobre todo para la Iglesia) que comunica el *Libro de las Vidas* no impiden entrever los problemas derivados de la densidad de población en relación a formas de sustento precario (alimentación acorde a un bajo estatus) y escasas condiciones de salubridad e higiene: hacinamiento en las viviendas, basuras vertidas en los patios y a la calle, coexistencia con el ganado en el ámbito doméstico, enterramientos intramuros, inutilización progresiva de la red de cloacas, etc. Todo lo cual, puesto en relación con las inevitables crisis de subsistencia que arrastran los años malos para el campo y la proliferación de epidemias, encuentra en la ciudad un terreno abonado para causar mortandad. Se entra en una dinámica cíclica de calamidades<sup>24</sup> atribuibles a la ira de Dios en castigo por los pecados

del hombre, interponiendo el recurso de la oración como único remedio de aplacarlo, introduciéndonos en parámetros más propios del Medievo que de la Antigüedad.

Bastará sopesar determinados datos para considerar a Mérida un núcleo medieval y no faltarán argumentos para demostrar lo contrario. Es la característica y principal atractivo de las sociedades en transición (todas lo son) a caballo entre dos realidades nítidamente perfiladas por los historiadores. Sin embargo, pese a los ingredientes diferenciales son tales las pervivencias de la urbe anterior, que, por lo que a constatación arqueológica se refiere, sería negar lo evidente. La cultura material se caracteriza por la reutilización de elementos, manufacturas de tradición romana (y por tanto de difícil identificación) y un marco doméstico que son las propias viviendas antiguas. Rasgos que han contribuido a su camuflaje u ocasional refugio en la ambigüedad del término Paleocristiano.<sup>25</sup> El vacío de documentación arqueológica doméstica entre los siglos V Y VIII resulta elocuente en sí mismo.

Al hilo del contenido del *Libro de las Vidas*, no parece que la principal entre las urbes lusitanas defraudase las expectativas deseadas en la inscripción del puente reparado en el siglo V con que concluíamos el artículo anterior: "Ciudad Augusta, dichosa, que durará por largos siglos". No obstante la excavación de Morería revela un proceso que deriva hacia un panorama más propio del mundo rural que del urbano. En este estado de cosas y contando con el imprevisto aliado del descontento social se entiende mejor el éxito de la conquista musulmana, la descomposición del reino visigodo y la rápida conversión de la población cristiana al Islam.

---

23 "Si es válido el principio de que donde se hace precisa la caridad es que falta la justicia, podemos decir que es Mérida y seguramente en el resto del reino visigodo exista una situación crónica de injusticia social, de la que es exponente y consecuencia el empobrecimiento de la plebe frente a los

---

capitales aristocráticos y en especial de la Iglesia". En García Iglesias, "Aspectos Económicos sociales de la Mérida Visigoda", *REE*, XXX, II, 1974, p. 338.

24 Sequías, inundaciones, langosta, heladas, etc., son, después de todo manifestaciones de un "Dios Juez" permanentemente

## BIBLIOGRAFÍA

- ALBA, M. (1997): "Ocupación diacrónica del Área Arqueológica de Morería (Mérida)", *Mérida. Excavaciones Arqueológicas. 1994-1995. Memoria*, Mérida, pp. 285-315.
- ALBA, M. (1998): "Consideraciones arqueológicas en torno al siglo V en Mérida: repercusiones en las viviendas y en la muralla", *Mérida. Excavaciones Arqueológicas*, pp. 361-385.
- ALMAGRO, M. (1961): *Guía de la ciudad y de sus monumentos*, Valencia.
- ALMAGRO BASCH, M., y MARCOS POUS, A. (1958): "Excavaciones de las ruinas visigodas en la aldea de San Pedro de Mérida", *REE*, XIV, pp. 75-93.
- ÁLVAREZ, J. M., y DE LA BARRERA, J. (1987): *Guía breve de la colección visigoda*, Mérida.
- ÁLVAREZ, J. M.; CERRILLO, E.; ENRÍQUEZ, J. J.; RAMOS FETALÍ, (1994): *Conjunto Arqueológico de Mérida*, Salamanca.
- ÁLVAREZ SÁENZ DE BURUAGA, J. (1976): "Los primeros templos cristianos de Mérida", *REE*, XXXII, nº 1, pp. 139-156.
- ANDRÉS, S. (1982): *Arte Hispanovisigodo en Extremadura*, Cáceres.
- ANDRÉS, S. (1986): "Huellas visigodas en la Baja Extremadura", *Historia de la Baja Extremadura*, Badajoz, pp. 191-227.
- ANÓNIMO (siglo VII): *Libro de las Vidas de los Santos Padres de Mérida*, Traducción, anotaciones y apéndices documentales de Aquilino Camacho, Mérida, 1988.
- AVILÉS M.; MADRAZO S.; MITRE E.; PALACIOS B. (1980): *La España Visigoda*. Colección Nueva Historia de España, Madrid.
- BARBERO, A. (1988): "La evolución social del reino visigodo y la conquista musulmana", *Romanos y visigodos: hegemonía cultural y cambios sociales*, Tomo IV, pp. 261-266.
- BARBERO, A., y VIGIL, M. (1978): *La formación del feudalismo en la Península Ibérica*, Barcelona.
- BARRIENTOS, T. (1998): "Intervención arqueológica en el solar de la c/ San Salvador, n.º 32. Ejemplo de evolución del viario urbano", *Mérida. Excavaciones arqueológicas 1996*, pp. 103-133.
- CABALLERO, L.: "Un canal de transmisión de lo clásico en la Alta Edad Media Española. Arquitectura y escultura de influjo omeya en la Península Ibérica entre mediados del siglo VIII e inicios del siglo X" (I y II): *Al-Qantara*, vol. XV, Madrid, CSIC, 1994, pp. 321-348 y 1995, pp. 107-123.
- CABALLERO, L. (1992): ¿Visigodo o asturiano? Nuevos hallazgos en Mérida y otros datos para un nuevo "marco de referencia" de la arquitectura y la escultura alto medieval en el Norte y Oeste de la Península Ibérica", XXXIX Corsi di cultura sull'arte Ravennante e Bizantina. Ravena.
- CABALLERO L.; MATEOS P. (1991): "Excavaciones en Santa Eulalia de Mérida", *Extremadura Arqueológica* II, pp. 525-546.
- CABALLERO L.; MATEOS P. (1995): "Descripción de los resultados obtenidos en las excavaciones arqueológicas llevadas a cabo en la Iglesia de Santa Eulalia", *Mérida y Santa Eulalia*, Mérida, pp. 59-75.
- CABALLERO, L.; y ULBERT, T. (1976): *La basílica paleocristiana de Casa Herrera en las cercanías de Mérida* (Badajoz): EAE, 89, Madrid.
- CAMACHO, A. (1986): "La Sede Emeritense y su proyección histórica", *Historia de la Baja Extremadura*, Badajoz, pp. 231-279.
- CERRILLO, E. (1974): "Los relieves de época visigoda decorados con grandes crismones", *Zephyrus* XXV, pp. 439-455.
- CERRILLO, E. (1985): "Extremadura Visigoda. Entre el Imperio Romano y la Invasión Musulmana", *Historia de Extremadura*, Tomo I, Badajoz, pp. 181-207.
- CERRILLO, E. (1985) (b): "Cáparra después de los romanos (Historia de una despoblación)", *Norba*, 10, Cáceres, pp. 109-129.
- CERRILLO, E. (1995): "Los últimos romanos en Lusitania. Entre la tradición y el cambio", Los últimos romanos en Lusitania, *Cuadernos Emeritenses*, 10, MNAR, pp. 13-48.

enojado. La etapa visigoda está jalonada de pestes, como algo cotidiano en todas las generaciones: 542, 557, 581, 588, 625, 688, 693, 702 (Cerrillo, 1985:187)

25 El Departamento de Documentación del Consorcio, de acuerdo con el equipo de arqueólogos y a propuesta del coordinador de las excavaciones de Mérida, Dr. Pedro Mateos, des-

pués de los correspondientes debates sobre esta problemática, consensuó la aceptación del término Tardoantiguo para referirse al segmento temporal comprendido entre el siglo de las invasiones y la primera presencia efectiva islámica en la ciudad en época emiral.



- CERRILLO, E. (1995): "Arqueología del cristianismo primitivo en la actual Extremadura", *Mérida y Santa Eulalia. Actas de las Jornadas de Estudios Eulalienses*, Mérida, pp. 89-103.
- CERRILLO, E. (1996): "1945-1995: Cincuenta años de investigación arqueológica en la provincia de Cáceres", *Alcántara*, n.º 39, pp. 81-103.
- CRUZ VILLALÓN, M. (1984): "Consideraciones sobre la orfebrería de Mérida en época visigoda", *Actas del IV Congreso Nacional de Historia del Arte*, Zaragoza, pp. 993-99.
- CRUZ VILLALÓN, M. (1984) (b): "Últimos hallazgos visigodos en Mérida", *Norba*, V, pp. 293-302.
- CRUZ VILLALÓN, M. (1985): *Mérida Visigoda. La escultura arquitectónica y litúrgica*, Badajoz.
- CRUZ VILLALÓN, M. (1985): "Restos visigodos de Mérida y Valdetorres (Badajoz)", *Homenaje a Cánovas Pesini*, Badajoz, pp. 135-144.
- CRUZ VILLALÓN, M. (1988): "Dos enclaves visigodos en la provincia de Badajoz: Almendral y Alange", *Anas I*, Mérida, pp.
- CRUZ VILLALÓN, M. (1995): "Mérida entre Roma y el Islam. Nuevos documentos y reflexiones", *Los últimos romanos en Lusitania, Cuadernos Emeritenses*, 10, MNAR, pp. 155-184.
- ENRÍQUEZ NAVASCUÉS, J.J. (1997): "Panorama actual de la arqueología altomedieval de época visigoda en Extremadura", *Estudis baleàrics*, 57, pp. 91-98.
- FUENTES, A. (1995): "Extremadura en la Tardía Antigüedad", *Extremadura Arqueológica IV*, pp. 217-237.
- GARCÍA DE CORTÁZAR, J.A. (1988): *La sociedad rural en la España medieval*, Madrid, Siglo XXI.
- GARCÍA IGLESIAS, L. (1974): "Aspectos Económico-sociales de la Mérida Visigoda", *REE*, XXX, II, pp. 321-362.
- GARCÍA MORENO, L. A. (1972): "Colonias de comerciantes orientales en la Península Ibérica. Siglos V-VII", *Habis*, 3, pp. 127-154.
- GARCÍA MORENO, L. A. (1982): "Mérida y el reino visigodo de Tolosa (418-507): *Homenaje a Sáenz de Buruaga*, Madrid, pp. 227-240.
- GARCÍA MORENO, L. A. (1986): "Las transformaciones de la topografía de las ciudades en Lusitania en la Antigüedad Tardía", *REE*, XLII, pp. 97-114.
- GODOY, C., y TUSET, F. (1994): "El Atrium en las Vitas Sanctorum Patrum Emeritensium. ¿Una fórmula de la llamada arquitectura de poder?", *Archivo Español de Arqueología*, n.º 67, pp. 209-221.
- MACÍAS, M. (1929): *Mérida monumental y artística (Bosquejo para su estado)*. Barcelona.
- MÉLIDA, J. R. (1926): *Catálogo Monumental de España, Provincia de Badajoz*, Tomo II, Madrid.
- MATEOS, P. (1995) (a): "Arqueología de la Tardoantigüedad en Mérida: Estado de la cuestión", *Los últimos romanos en Lusitania*, Mérida, pp. 125-152.
- MATEOS, P. (1995) (b): "Proyecto de Arqueología urbana en Mérida: Desarrollo y primeros resultados", *Extremadura Arqueológica IV*, pp. 191-215.
- MATEOS, P. (1995) (c): "La cristianización de la Lusitania (siglos IV-VII). Extremadura en época Visigoda", *Extremadura Arqueológica IV*, pp. 239-263.
- MATEOS, P. (1998): *Santa Eulalia de Mérida. Arqueología y urbanismo, Anejos de Archivo Español de Arqueología*, CSIC, Madrid (en prensa).
- MATEOS P.; ENRÍQUEZ J. J. (1996): "Mérida. Conjunto Arqueológico", *Extremadura Patrimonio de la Humanidad*, Mérida, pp. 63-103.
- OLMO ENCISO, L. (1988): "La ciudad visigoda de Recópolis", *Romanos y Visigodos: hegemonía cultural y cambios sociales*, tomo IV, pp. 305-311.
- OLMO ENCISO, L. (1998): "Consideraciones sobre la ciudad en época visigoda", *Arqueología y Territorio Medieval*, n.º 5, pp. 109-118.
- ORLANDIS, J. (1981): *Del Mundo Antiguo al Medieval*, Universidad de Navarra, Pamplona.
- ORLANDIS, J. (1987): "La Antigüedad Tardía", *Historia General de España y América*, Tomo III, Madrid, pp. 465-587.
- ORLANDIS, J. (1991): *La vida en España en tiempos de los godos*, Madrid, Rialp.
- ORLANDIS, J. (1992): "Legados de la España Visigótica", *Alfonso VIII y su época*, Madrid, Centro de Estudios del Románico.
- RUBIO MUÑOZ, A. (1992): "Precisiones cronológicas en cuanto al inicio y fin de la ocupación de la villa romana de Pesquero", *Extremadura Arqueológica II*, Cáceres, pp. 431-444.
- SÁNCHEZ, P. D. y ALBA, M. (1998): "Intervención arqueológica en el vial c/ Anas. Restos de una instalación agrícola e industrial en el área suburbana de Emérita Augusta", *Mérida. Excavaciones Arqueológicas 1996*, pp. 211-236.
- VELÁZQUEZ, A. (1992): Repertorio de bibliografía arqueológica emeritense, *Cuadernos Emeritenses*, n.º 6, MNAR, Mérida.
- VEYNE, P. (director) (1989): *Del imperio romano al año mil*, Colección *Historia de la vida privada*, tomo 1, Madrid, Taurus.

Se acabó  
de imprimir  
esta  
*M E M O R I A*  
en los talleres  
de Indugrafic, S. L.,  
de Badajoz,  
en el mes  
de Junio  
de 1999







